

R. 41. 744



4  
570

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

---

EL DECÁLOGO

---

V

**NO MATAR**

NOVELA ESPAÑOLA

---

BARCELONA

Imprenta de «La Ilustración Ibérica»

CORTES, NÚMS. 365 A 371

1889

—————  
ES PROPIEDAD  
—————



## NO MATAR

---

### I

**A**NGELA de Barbastro se llamaba la heroína de la historia que voy á contar. Guarden las mujeres en su corazón la saludable moral que de la historia se desprenda, y agradezcanmelo si gustan. Si no me lo agradecen, no lo sentiré, porque mi intención, desde el principio, es contarla á quien la quiera oír. Esta mujer era viuda, hermosísima y millonaria.

Son las diez de una noche de invierno: nieva mucho. Ángela está en su lindo y apartado gabinete azul. Hay un

hombre allí también, guapo y elegante. Conversan con animación y les separa un pequeño velador donde hay un servicio de té: están próximos á la chimenea. El hombre tiene un fino vendaje en el pecho y el rostro muy pálido.

—Bueno,—decía Ángela;—ya no molestarán los criados, porque es tarde. Me gusta esta hora porque es cuando puedo venir á verle con menos inquietud. El disparate está ya hecho: conviene no aumentarlo con la publicidad.

—Pero, Ángela, y si tan buena es V., ¿por qué no acaba de darme lo que la pido? ¿por qué no me ama V. un poco? Es V. encantadora.

—¡Quietos! Que yo haya venido, no quiere decir que me pague con un abrazo la visita.

—¡Ah! ¡Perdón!

—Y ¡qué oportunamente! Me ha

volcado V. la taza sobre el vestido.

—¡Perdón!

—Por perdonado; pero, en volviendo á las andadas, reñiremos para siempre: ya sabe V. que si me pongo seria, sería me quedo.

—Es V. terrible, Ángela.

—Y V. un traidor, Carlos.

—Lo confieso, Ángela: la mina estaba cargada, pero no hubiera estallado nunca sin el fuego de esas negras pupilas. Tiene V. unos ojos terriblemente hermosos.

—¿Todavía?

—V. tiene la culpa, por esos hermosísimos ojos que Dios la ha dado.

—La adulación no me calma, conste.

—¿Y un arrepentimiento verdadero?

—Tal vez.

—Pues bien, Ángela: estoy arrepentido y espero absolución.

—Yo le absuelvo.

—Parece que le enojo. ¿A ver? Míreme V.... La verdad, Ángela: yo amo á V. de veras, ¡yo la adoro!... ¡Qué! ¿Se ríe?

—¡Digo! ¡Ya lo creo! Son esas unas palabras que brotan de todos los labios, pero no de todos los corazones. ¡Amor! El amor que así se revela, no es tal: apasionamiento, y eso es todo. El amor es lo que germina de allá, de entre las fibras más recónditas del corazón, de las profundidades misteriosas del alma. V. no sabe lo que es eso, marqués: V. no tiene alma. El hombre que habla de amor, sazónándolo de buenas á primeras con un abrazo, no puede tener alma y no la tiene. Y ¿por qué me mira V. así? ¿Por qué permanece V. callado?

—Pues bien, diga V. lo que tenga por conveniente, amiga mía; pero yo no entiendo el amor de ese modo. El amor se me presenta en otra forma

muchísimo más bella: vertiginoso, arrebatado, candente y después muerto; emociones terribles que pasan como con la rapidez del meteoro para dar tiempo á otras emociones nuevas: luz, mucha luz, aunque cieguen sus rayos mis pupilas; pero una luz rápida, pronta, deslumbrante, que fascine, que arrebate, y, extinguiéndose luego, que me extinga. En nuestro siglo, entiendo que es necesario olvidar completamente las románticas vulgaridades para vivir al minuto: echar de una vez abajo el pedestal de Anacreonte, hacerle añicos, desmenuzarlo, convertirlo en polvo, aventar el polvo como las cenizas de los antiguos relapsos herejes, y erigir luego sobre el lugar mismo un templo á Franklin envuelto en una de vapor.

—Es V. el demonio.

—Pero un demonio tentador, porque mi dogma es el verdadero; y, sin em-

bargo de todo lo que antes dije, dentro de todo eso mismo que V. indudablemente llamará realidad, cabe la poesía, una poesía que se da de testarazos con el romanticismo, una poesía galana, vigorosa, que morirá seguramente, puesto que muere todo, pero que ilumina el pensamiento y abrasa los sentidos; que enerva, que electriza, que revoluciona la sangre. Ahora, en esta misma ocasión, la siento: parece que me inspira, que me arrebató, que me disloca; todo lo que me rodea es incentivo para ello; la nieve que en blanquísimos copos, y como pequeños geniecillos envueltos en sudarios blancos, vemos caer lentamente á través de los gruesos cristales de ese mirador, que nos resguarda de la intemperie; el rumor del viento que azota con recio ímpetu las paredes del edificio, este aposento elegante, lujoso, confortable, lleno de luz, impregnado

con la ambrosía suave que de V. emana; el añoso roble que, hecho pedazos y como otras tantas barras de oro, arde en la chimenea, confortando el cuerpo; y por último, V., á quien tengo enfrente...

Ángela reía, reía mucho.

—¡Es adorable su modo de reir, Ángela! ¡Cómo chispean sus pupilas! ¡Cómo se la deprime á V. y levanta, con las convulsiones de la risa, el magnífico seno! ¡Qué dos hileras de dientes!

—Es V. dado al plasticismo.

—Soy dado á lo bello.

—Si es así, mira V. la belleza por el lado peor, y de una manera tal, que la encuentro ridícula: por eso es mi risa.

—Y yo declaro que me agradaría estar dando eternamente en el ridículo.

—¡Qué originalidad! Y ¿para qué?

—Para que eternamente ría V. y yo goce viéndola.

—Y yo digo, á mi vez, que es V. terrible, marqués; y como sabe que no me ofendo con V., porque soy sencilla y me gusta su franqueza,—hasta cierto punto, se entiende,—abusa V. de ese defecto mío.

—¿Que abuso? ¿De qué modo?

Ángela se puso seria y exclamó así:

—Conteste V. antes. ¿Qué derecho he dado jamás á V. para que de ese modo tan descarado haga de mí tan triste apología? Preciso es que tenga V. el alma llena de fango para que ni por un instante se le ocurra pensar que bajo esta desgraciada hermosura que le fascina puede haber un corazón generoso que late á impulsos de sentimientos nobles, que es amante de lo bello, pero de la belleza ideal, que, comprendida en su verdadera acep-

ción, abre al pensamiento un campo dilatado, de grandezas sublimes, de ternuras inefables, de alegrías celestes. No, V. no entendería eso. Fiado en la intimidad relativa que con V. me permito, porque le aprecio mucho, dice V. muchas tonterías, que unas veces aparento no oír, otras me ponen de mal humor, y las más me dán risa; pero, riendo y todo, es necesario decir á V. la verdad: aproveche el consejo que ahora le doy: si me ama V., eche por otro camino.

—Además,—prosiguió Ángela,—si es cuestión de escuelas, y, como muchas veces me ha demostrado, es V. más propenso al realismo que á lo ideal, busque otro punto, busque otra base, porque no ha sabido V. llegar nunca al fondo de la realidad verdadera. Con sus palabras de esta noche, no ha sabido V. hacer constar oportunamente que esa nieve que, según dice V., y valga

la metáfora, en pequeños copos y como geniecillos envueltos en sudarios blancos, cae lentamente, entumece los nervios de muchos infelices; y ese viento, cuyo rumor le agrada oír junto á la comfortable chimenea, arrastra quizás con su empuje la cabaña de alguna desgraciada madre, que se desespera, que implora en vano por encontrar un albergue miserable y un leño encendido para secar y fortalecer el cuerpecito yerto del hijo de sus entrañas, y... no prosigo más: parta V. de ahí, y notará qué campo más dilatado se presenta, con qué distintos matices, con qué variados cambiantes, para hallar la realidad triste, sí, como todo lo real, pero no errónea y cínica y repugnante, como V. la entiende, particularizada únicamente en los goces con que le pueda brindar un cuerpo de diosa.

—Basta, digo, duquesa: casi estoy por dar á V. la razón; pero la verdad

es que, en medio de ese positivismo que hiela el alma, hay algo de espiritual, ó, por lo menos, me lo parece, pues nunca supe lo que es tal cosa: lo único que hago es confesar que me agrada.

—Y ¿en qué consiste ese algo, si V. gusta?

—En que hay mujeres buenas y V. es una; y como V. existirán otros ángeles de caridad que lleven el lenitivo de sus desgracias á esos miserables que sufren el hambre y el frío, siendo este el lado ideal de todo ese realismo que entristece. Sí,—prosiguió animándose;—usted es buena, aunque procura V. ocultar esas prodigalidades que le dicta el corazón bueno que tiene; pero yo lo sé *todo*.

Y á estas frases del marqués, que podían tomarse como una alabanza, el bello rostro de la viuda de San Ginés se puso mate, se puso lívido, quedó,

como sobrecogida por el terror y preguntó luego profundamente:

—Y V. ¿qué es lo que sabe?

—Tiene algo de extraño la entonación con que me hizo V. la pregunta, querida Ángela.

—Pero bien, dígalo ya: ¿V. qué sabe?

—Perdóneme V.: es una sorpresa que le preparo.

—¿Será agradable?

—Mucho.

—Y ¿para cuándo?

—Para cuando sea V. mía.

La duquesa procuró dominarse.

—¡Ah! ¿Es el precio?— exclamó graciosamente.—Pues yo cuesto cara, tan cara, que nadie me ha podido comprar, ni creo que exista en la tierra quien pueda conseguirlo.

—Lo sé, duquesa: por algo el mundo admira la inquebrantable virtud de V.; pero permítame la diga que anda

V. descaminada: para ciertos contratos se hace necesario el anticipo... y yo he hablado de sorpresa para después que me ame.

—¡Ay que dolor, marqués!

—¿Qué le pasa?

—Siendo así, presumo que la sorpresa que me prepara V. la he de estar aguardando siempre.

—Hablemos con seriedad, Angela: V. sabe que la adoro con locura.

—¿Con locura? Lo sé, porque es V. un loco.

—Diga V. lo que quiera.

—Bien: prosiga V.

—Sabe que comprendo también que V. se chancea con mi amor.

—Lo sé.

—Que siendo una hora avanzada de la noche y habiendo dicho V. á su doncella que salga, significa que no está visible ni aun para sus mismos criados; que hallándome solo con V. y con

autorización suya, sería ridículo que llamase para hacerme entrar en orden, y peor un, no sabiendo su servidumbre que yo vivo hoy bajo su mismo techo; que ha cometido V. una ligereza; que está V. en un compromiso...

—¡Jesús, qué pesado! Lo sé, lo sé.

—Y, por último, que no habiéndome dado una respuesta categórica en los muchos meses que hace que solicito su amor, á pesar de mi hidalgo comportamiento para con V., parece que persiste en chancearse.

—También lo sabía... pero amigo mío: contésteme V. ahora: ¿V. sabe lo que es el corazón de la mujer? ¡Ah! ¿No me contesta?

—Pues bien; no, no lo sé.

—Entonces no sabe V. nada: ha perdido V. el tiempo.

—Pero eso no es un argumento, duquesa; esa no es un arma para combatir.

—Lo siento mucho, Pero... á propósito de armas: se me había olvidado enseñarla á V., y la tenía en el bolsillo para ello. Es una pistola de presión, pequeñita, una alhaja, regalo de cierta dama americana, grande amiga mía. La cualidad más deliciosa que tiene es que produce el disparo, sin hacer ruido...

—Mire V. duquesa, que me está comprometiendo.

—Pero ¡qué testarudo!

—Mire V., duquesa, que está esta noche horriblemente tentadora.

—Usted sí que me está dando un mal rato.

—Mire V., duquesa, que no miro más, porque ya estoy ciego.

—Pues lo siento mucho.

—Y bien, acabemos.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? ¡Viene V. á mí como una fiera! ¡Paso, señor fogoso!

Dió un salto Ángela al hablar así, se retiró rápidamente, y salió del nido, cerrando tras sí la puerta. El fogoso no pudo seguirla, y quedó allí, meditando y triste.





## II

**C**UÁNTA luz! ¡Cuánta alegría! Esta duquesa no tiene rival, querido barón: es el prototipo de la elegancia: de verdad, hay seres que nacen con buena estrella; con el privilegio de imprimir á todo el sello del buen gusto que les distingue. Esto me *adormece*; es muy *chic* por su aroma. pero ¡qué Ángela, gran Dios! ¡qué viudita! Es una viuda que estremece. En fin, querido barón, es mi tipo, Mirala, allí está: se multiplica, se trasforma, tiene sonrisas para unos, halagos para otros, apretones de mano para éstos,

palabras para aquéllos; y á todos atiende y á todos contesta: á buen seguro que ninguno de los invitados tendrá por qué quejarse.

—Arturito, eres un estúpido: no te puedo resistir, con tus eternas variaciones sobre lo mismo: pareces un *estirador* de folletines.

—*¡Estirador!* ¡Oh, que frase! me *adormece*. He de apuntarla en mi cartera para usarla en las grandes ocasiones. *¡Estirador!* ¡Qué magia se desprende de esta frase!

—Oye, Arturo: ¿tú conoces á Carlos de Fonseca?

—¡Ah! ¡El marqués, el querido marqués, el bueno del marqués!

—Pero ¿le conoces?

—¡Ya lo creo! Es de mis íntimos.

—¿Y hacetiempo que no le ves?

—Lo menos quince días: ¡Qué diablos! ¡Si no se habla en Madrid más que de la fuga del marqués buenísimo!

—Es raro.

—Pero ¿por qué te preocupas de ese modo? Ya volverá: te lo aseguro. Y sino, que no vuelva... Pero mira la duquesita: allí está, ¡Qué amable, qué encantadora! ¡Hermosa duquesa! ¡Hermosísima duquesita!

—¡Bah!

—No hables mal de la duquesa, ¿lo entiendes? Te lo prohibo, si no quieres provocar un lance.

—¡Al diablo tú, y al diablo la duquesa!

—¡Barón, cuidado con la lengua! Me declaro su paladín.

—¡Pobre Angelal! ¡Cómo se van á reir de ella! Ten cuidado, Arturo: mira que tiene mal genio y puede costarte un disgusto si sabe que por tu causa anda su nombre de boca en boca.

—¡Ah! ¿Tú crees...?

—Te retuerce el pescuezo sin compasión, hijo. Pero ¿por qué tiemblas?

Cualquiera diría que tienes miedo!

—¿Miedo yo? Jamás.

—Y, sobre todo, que habiéndote declarado su paladín...

—No, eso no: fué por embromarte.

¡Y qué encantador era Arturo! Pequeñito, rubio, el cabello bofo, rizado, perfumado; los ojos chicos y verdes, la nariz aplastada. Para ser elegante al estilo de Arturo, se hace preciso ser miope. ¡Cuánta fatiga costaba al joven pequeñito sostenerse los espejuelos de oro sobre la nariz aquella! Por lo demás, sus vestidos eran de rigurosa moda. Se hacían en París: Madrid no servía para eso. Moralmente descrito, el joven pequeño de la nariz aplastada, era un genio: el lector se convencerá. Un detalle: los tacones de sus botas eran altísimos: de esta manera se levantaba el pequeño á la altura que le correspondía.

Llegó Ángela hasta el barón y Ar-

turo: pasó junto á ellos, dirigiéndoles algunas frases, saludó graciosamente y la perdieron de vista...

Hallábase Angela muy preocupada: no la hubiera conocido el marqués, á verla en aquel instante; y, sin embargo, la veían sonreír, cruzar ligera de un lado para otro, causando admiración, hermosa, arrogante, espléndida y espiritual á la vez, exuberante de vida y de juventud, estremeciendo al hombre é inspirándole pasión y vértigo. ¡Pobre Angela! ¡Nadie la comprendía!

Se encontró por un instante apartada de la multitud: respiró con fuerza: parecía que aquella atmósfera la ahogaba. Se aproximó á un balcón. La noche era oscura: la nieve caía espesa: el viento se retorcía en los aleros de los tejados. Abrió Angela el balcón, y estuvo allí un rato para respirar el aire frío. El viento, como la luz, por todas

partes se mete, sea con oportunidad ó no sea: entróse ahora por el balcón; temeroso quizás de que alguien le viese, apagó algunas de las luces próximas: apagaba luces, silbaba en los aleros, hacía que las puertas entornadas se dieran de testarazos con sus bastidores, y empeñaba una lucha terrible por apartar de la frente de Angela sus rizos perfumados, creyendo, como en celosa rabia, que eran geniecillos negros, demonios tentadores que parecían surgidos de la imaginación de un ángel de las tiniéblas.

El calor de las mejillas de Angela fué extinguiéndose un poco; los ojos perdieron mucho de su brillo habitual; se calmaron algo sus ideas; los miembros comenzaban á entumecersele; sintió frío, mucho frío; cerró de golpe el balcón y con un esfuerzo poderoso se apartó de allí.

—¡Quién sabe!—exclamaba.—Car-

los es bueno: se lo contaré todo, y sea lo que Dios quiera.

Deslizándose como una visión, atravesó puertas, cruzó pasillos oscuros y solos, y se dirigió hacia sus habitaciones particulares. Dió en un gabinete. Atravesándole, entró en su dormitorio. A los pies del lecho de Angela había una puerta. Angela llamó con recato y preguntó á la par dulcemente:

—¿Duerme V.?

—¡Oh! No: puede V. pasar, amiga mía. Angela empujó la puerta y entró.

—Me encuentra V. de un humor terrible.

—¿Qué sucede?

—No puedo resistir más tiempo, y á Roma por todo.

—Pero explíquese.

—Lo digo con franqueza: lo suplico, lo deseo, lo mando: quiero que se me permita cuanto antes la salida de esta casa.

—Pero no está V. del todo restablecido.

—Nada: quiero salir de aquí; pero salir cuanto antes: dejar para siempre esta casa, que es mi condenación.

—Otra vez lo tengo que decir: es V. un testarudo del demonio.

—¡Ah! Yo seré siempre testarudo, pero V. es incomprensible. Conven-gamos en que no es V. justa: sabe, hace tiempo, que la adoro, y contesta V. á mis conti-nuas demost-raciones, con evasivas, sin darme contestación categórica. No termina aquí el asunto: pido á V. una entre-vista en hora avanzada de la noche, y, sin embargo de comprender que deseo esa entrevista para conseguir lo que me afana, no la rehusa V.: me la con-cede, vengo sigiloso, de noche, muy tarde, y, cuando su doncella me aguarda en el misterio para llevarme has-ta V., me siento acometido por detrás;

---

me defendiendo, me hieren. ¿Quiénes eran los infames? No hay que darle importancia ni pensar en ello: unos cacos, porque me dejaron sin reloj, sin portamonedas, sin alfiler, sin sortija. Usted, que lo supo, me mete en su casa, me cura y me trata cariñosamente. Nadie sabe que estoy aquí: he desaparecido. En medio de todo la pido el amor que deseo, y sus contestaciones son chanzas: hasta parece que intenta V. desesperarme con el incentivo de que aparezco, rodeado; me irrito, me exaspero, me vuelvo loco, V. arruga el entrecejo y huye todavía. Sin reflexionar en el peligro que su reputación de V. corre, en su misma casa, próximo á su lecho mismo y separados solamente por un tabique, me retiene V., prodigándome cuidados, que dudo á veces si son de una madre ó son de una amante apasionada; pasa V. las noches en vela; y, perdóneme V., no es vana presunción

mía: yo la he visto muchas veces sonreír al curar con sus propias manos mi herida; mirarme al mismo tiempo, y en sus ojos he creído ver ardiente llamarada en que aún se abrasa mi corazón, y en su sonrisa una expresión horrible de ansiedad contenida, de ternura cariñosa, muy cariñosa: hasta creo que que ha tenido V. momentos en que la fué preciso de toda la fuerza de voluntad que en su terrible carácter me ha dejado adivinar muchas veces, para no arrojarse en mis brazos.

—¡Oh! Me da V. pena,—dijo Angela, riendo.—Ha delirado V. mucho, se ha equivocado lastimosamente; pero yo lo confieso, he sido con V. algo impolítica. Esta noche, sin ir mas lejos... Míreme V.: estoy vestida de gala,—y Angela reía más,—tengo muchísimos invitados en mis salones: di un gran baile: todo lo que me ha dicho V. que

vió, fué efecto de la calentura. A mi pobre doncella Juana se lo debe V. todo: ella le ha asistido; ella le ha cuidado; para decirlo de una vez: á ella debe V. la vida.

—Pero ¿á qué proceder de ese modo? ¿No soy yo franco? ¿No soy expansivo? ¿Por qué escoge V. esa táctica? Todo lo que le dije es cierto, bien lo sabe: es cierto como su risa de V. es fingida y como es cierto lo grande de mi martirio.

—¿De su martirio?

—De mi martirio, sí: yo no he delirado, como V. dice; yo no he soñado, Angela; V. no sabe la magia, el encanto que me han hecho experimentar algunos detalles, que de pueriles inducen á la risa, y, dentro de este círculo de felicidad extraña, lo angustioso, lo horrible de mi tormento. ¡Qué! ¿Sigue V. riendo? No ría V. cuando la digo que sufro.

—¿También va á prohibirme que ría?

—Bien, ría V. cuanto quiera: llegarán las tornas, y antes de mucho, según creo.

—Es V. un petulante.

—Digo que va V. á salir de aquí con muchísima menos alegría que ha entrado.

—¿Está V. seguro?

—Segurísimo.

—Tan grave es lo que va V. á decirme?

—Quizás.

—Pues empiezo por ponerme seria. ¡Ah! Pero soy una aturdida: me olvidaba de mis invitados. Hasta después: le haré una visita, si está despierto.—  
Y salió rápidamente.





### III

**A**NGELA se detuvo un instante en su dormitorio. Miró á todas partes como azorada. No sonreía ya. Se miró en un espejo, ordenó cuidadosamente las lustrosas bandas de sus cabellos, ensayó la expresión más alegre en su semblante, sonrió entonces, suspiró después por los encontrados sentimientos que en su alma combatían, y se dirigió nuevamente á los salones, donde bullía la alegre multitud.

—Mira, mira: ahí viene Angela otra vez,—decía el joven pequeñito de los

espejuelos de oro, de los ojos de gato y de la nariz aplastada. Se acerca á nosotros. ¡Bravo! esa mujer me *adormece*. Lo que es ahora la abordo: de seguro que acogerá mi demanda. Yo bailo mucho. Durante el vals próximo es mía. ¿Tú opinas lo mismo, barón?

—Sin duda, y es más: veo en lontananza una historia de amores, en que serás el protagonista.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! Esto me *adormece*: tiene mucho *aroma*.

—La duquesa,—continuó el barón— ha sido inquebrantable hasta aquí; pero ¡quién sabe! ella será como todas las mujeres.

Se aproximó Angela, sonriendo, al grupo.

—¡Ah, duquesa! ¡Divina duquesa! dijo el joven de los tacones altos.—¿Me concede V. el vals próximo?

—¡Y a lo creo!—contestó ella.— Y

se cogió al brazo de Arturo. El joven pequeño de los rizos perfumados, estuvo á punto de reventar de orgullo. ¡Oh! ¡Aquello era *adormecedor*, poderosamente *adormecedor*! «He de pedir autorización á mamá para inscribirme en el *Bilis club*: quiero contar allí esta mágica aventura.»

—Adiós, barón,—dijo Ángela, sin soltar el brazo á Arturo.—El barón la hizo una fría reverencia y quedó tarareando á compás de la música. Miró á la duquesa allá lejos, y dijo entonces muy bajo:—¡Ah, gatita arisca! ¡Llega mi desquite!

Para que Vds. lo sepan, lo diré en muy pocas palabras: era este barón, rico, orgulloso, guapo; llamábase Enrique Ormedo: requirió de amores hacia algunos meses á la duquesa; le rechazó ella con finura; juró vengarse, trataba de hacerlo, y ya veréis si lo logró.

Angela quería estar sola, entregarse á sus pensamientos, yendo al brazo del joven pequeñito, como si fuese sola: con no hacerle caso, bastaba. El joven de la nariz iba á su vez muy ufano, no cabía en su pellejo. Miraba á unos y á otros de una manera tal, que parecía decir:

—Pero ¿no reparáis en la suerte que tengo?—Reíansele en la cara todos, burlándose, y suponía el excelente muchacho que aquellas manifestaciones eran producidas por la admiración y la envidia de las personas que le contemplaban. ¡Ah, pensamiento, pensamiento! ¡Cómo sabes estar bien con la criatura, dándole lo que te pide! ¡Cómo haces que ella misma te comprenda y comprenda á los demás, no como es, ni como son, sino como quiere ser y como quiere que sean! Si no fuera de este modo, ¿qué sería entonces la ilusión y qué de la felicidad? La ilusión y la fe-

licidad son hermanas gemelas. El golpe asestado á la una da de rechazo en la otra, y sucumben á la vez: por eso, la felicidad acaba, cuando el pensamiento empieza á ver las cosas de igual modo que son.

Nunca había estado Angela tan bella. Aparecían sus ojos con más fuego, más radiante la mirada, su cutis más fino, sus cabellos más sedosos; en mitad de la sombría noche de sus cabellos surgía, como la aurora, una camelia blanca: era el único adorno de su cabeza; como la nieve sobre el volcán, tenía otra flor en el pecho; y su única joya era un enorme diamante pendiente á la garganta, de una cinta, negra también. Iba Angela muy abstraída, deshojando en su abstracción la camelia del pecho. El joven pequeñito, de los tacones altos, la miraba embebido. ¡*Adormecedor*, asombrosamente *adormecedor*! ¡Pobre duquesa! La llevo muy

preocupada. Esto es hecho, Arturo, esto es hecho.

Le relumbraron los ojillos de tal modo, que se hubiera hecho cruces el lector, á contemplarlos, pareciéndole mentira.

Sin andarse con rodeos, apretó suavemente el brazo de la duquesa. Hay circunstancias en que al tonto más tonto se le presenta sin esfuerzo la ocasión de ser pillo, y esto pasaba al joven de la nariz. Angela no pudo fijarse en aquello: pensaba en el herido, y sus pensamientos debían ser muy tristes.

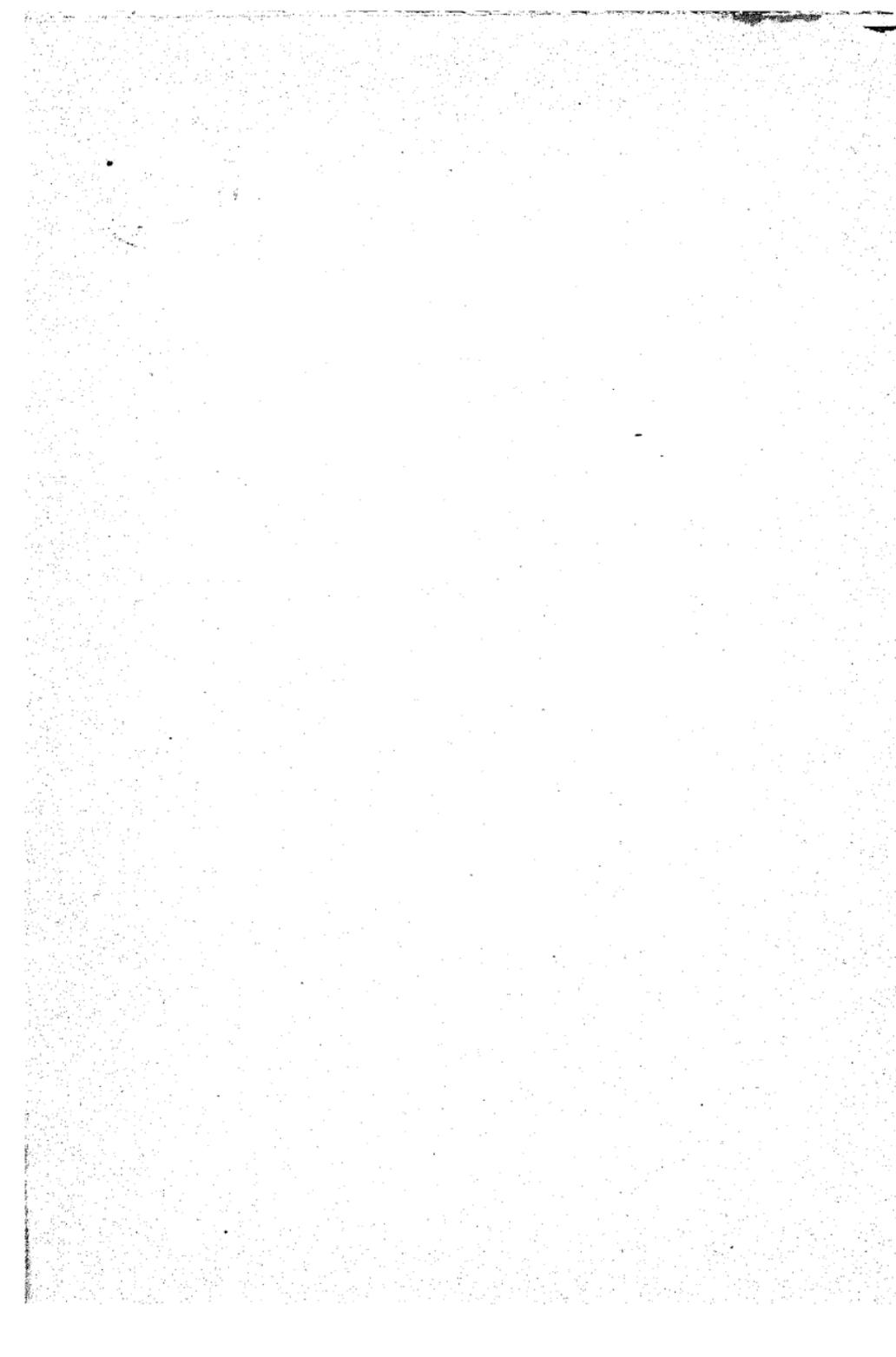
El joven pequeñito estaba en su mayor *adormecimiento*.

—¡Oh!—deciase.—Soy en este instante el primero de todos estos mentecatos envidiosos que me rodean: soy el primero de la *high life* madrileña: mi historia la va á coronar con una página *comm'il faut* la elegante duquesa Angela.

Angela, ya lo sabéis, era arrogante, esbelta. Su cuerpo aparecía más elegante aún, junto al de su *paladín* improvisado, aquel número uno de la *high life*, y siendo él muy bajito, no le bastaban sus tacones. Para salir del apuro, iba sobre la punta de los pies, porque de otro modo hubiera ido colgado al brazo de Angela.

Echando los bofes, con los carrillos inflados y las sienes sudorosas por los esfuerzos que para ser *grande* hacía, siguió, pues, el socio en ciernes del *Bilis club*, previa autorización de mamá y nodriza inclusive.







## IV

**A**NGELA parecía más y más contrariada.

—¡Bah!—murmuró al fin. Es preciso desimpresionarse, no pensar más en esto.

Y al ademán brusco que hizo, como para desechar sus ideas, tocó inadvertidamente con una mano la camelia, casi deshojada, que tenía en el pecho.

El pequeñito oyó las palabras de Angela, vió caer la camelia, y sus inflados carrillos pasaron en un segundo por todos los colores del iris. Se inclinó para coger la camelia, y hacía en

tanto esfuerzos terribles para no estallar de alegría.

—¡Ah, duquesa, encantadora! Te has vendido. ¡Conque te quieres desimpresionar! Bien: esto me pasma. ¡Conquista segura! ¡*Adormecedor*, profundamente *adormecedor*!—Así pensó el idiota, y entornó sus ojos verdes; y, dando á su acento una inflexión de sentimentalismo, proporcionado al caso, *had hoc*, como el futuro miembro del *Bilis-chub* pensaba, alzó la flor hasta ponerla ante la nariz de la duquesita, para que la tomase.

Angela hizo un gesto de impaciencia y apartó con su mano la de Arturito.

—Es hechicerísima,—pensó él.— ¡Qué modo más *chic* de cederme la flor como emblema de nuestra primera noche de felicidad!—Puso coquetonamente la camelia en la solapa de su frac.

Dió un gran suspiro á seguida: afortunadamente, pasaban junto á la plataforma ocupada por los músicos, y la descompasada nota de la garganta *sietemesina* se confundió con el torrente de armonía que los instrumentos lanzaban, alegrando á la juventud bulliciosa, que se dividía en parejas, desliziéndose por el salón en dulce giro.

Es imposible que un hijo de familia, con patente de bien educado, no baile perfectamente. Verdad es que al escribir una carta pondrá, sin morir de vergüenza, ortografía con *h*, y hasta sumará con los dedos los miles de reales de las apuestas que pierde ó gana en el hipódromo con su caballo favorito. Pero ¿qué importa esto? Se pierde todo menos el honor. El joven pequeño de los ojos verdes, era ducho en el arte de Terpsícore. Daba saltos y hacía cabriolas como cualquiera de sus mejores y más bien educados ala-

zanes. Convengamos, lector, en que existen *sietemesinos* de provecho, que tienen caballos y tienen ortografía, y multiplican primorosamente, y hasta, si les aprietan las cuñas, sacan, sin errarlo más que un par de veces, una regla de tres; pero convengamos también, lector, en que, si no hay caballos que nacen para *sietemesinos* hay *sietemesinos* por esos mundos, que nacieron para caballos.

Arturito se detuvo, y Angela, que procuró distraerse, detúvose también.

—¿Bailamos, Angela?

Angela, no le oyó y repitió él—  
¿Bailamos?

—¡Ah! ¡Perdone V.!—dijo Angela, sonriendo.—No le oí, amigo mío: esta música me aturde, esta atmósfera me lastima. Además... ¡si V. supiera!

Arturito se puso en guardia: algo grande pensó que le iba á pasar. Lo notó Angela, y, despertándose en ella

por un minuto su espíritu burlón, quiso castigar al necio.

—¡Ay, amigo!—siguió.—¡Por vez primera sale de mis labios lo que V. solo oirá!

—Declaración tenemos,—pensó Arturo.—No creí yo poder cautivarla tan pronto. ¡Esto es magnífico!

—¿Me guardará V. el secreto?

—En lo profundo de mi alma, duquesa. ¡No sabe V. todavía quién yo soy!

—¡Ah! ¡Es V. reservado! Pues eso le hace más simpático á mis ojos.

—¡Amable duquesa!

—Voy á ser franca, voy á decirlo.

—¡Cómo se van á pasmar los del *Bilis club*!—dijo el pequeño en un aparte. Y luego, exclamó gravemente:

—¡Acabe V., duquesa! ¡Mi corazón es un pozo!

—Pues bien, amigo mío, no lo puedo remediar: ¡yo he estado fingiendo

hice ver al mundo otra cosa, y muchas veces me...!

—¡Duquesa!

—Le estoy haciendo ver al mundo otra cosa de lo que es verdaderamente.

—¡Oh! ¡Siga V., siga V., divina Angela!

—En muchas ocasiones, estuve por esta causa seriamente comprometida, para que no descubrieran el secreto que será V. el primero en saber.

—¡Acabe V., duquesa! ¡Oh, si lo pudiera V. ver! ¡¡¡Mi corazón en este instante es una fragua!!!

—Pues bien, para que lo sepa V.: yo soy un poco sorda, y ese era el secreto.

Arturito se puso rojo, y Angela se lo llevó á remolque en vertiginoso vals.

Cuando terminó el baile, nevaba, nevaba mucho. Los hombres se tapaban la boca, levantándose cuida-

dosamente el cuello de los abrigos. Las mujeres salían envueltas en sus capuchas blancas, pareciendo grandes terrones de nieve: recogida la crujidora falda, y dando saltitos de cigüeña desde la portada del palacio, llegaban ligeras al respectivo carruaje.

Aquellos salones, antes llenos de luz, de animación, de vida, donde se respiraba el perfume de la juventud y el perfume de las flores, quedaron oscuros, solitarios, fríos.

Angela estaba allí, sola, entre las tinieblas. Nadie la veía: nadie podía leer en aquel pensamiento, que, asombrándose á sí mismo, avanzaba por sendas hasta entonces desconocidas para él. Suspiró Angela y se dirigió lentamente á sus habitaciones.

Llegó al dormitorio, y penetró en él, procurando no hacer ruido. Estuvo ante la mampara que conducía al cuar-

tito ocupado por el convaleciente. Quedó allí como indecisa.

—No,—dijo luego;—no me conviene dejarle comprender lo que por mí pasa. En tal disposición de ánimo me encuentro, que á las primeras frases yo misma he de venderme.

Se dejó caer sobre un pequeño diván, y recostó la cabeza indolentemente, dejando lucir su garganta nivea como el finísimo alabastro de la lámpara que entonces alumbraba opacamente aquel lugar; y, con los ojos medio entornados y fijos en el grueso anillón de que pendían los cortinajes de seda rojos del lecho, quedó largo espacio como aletargada.

Sentíase molesta. Motivaba su mal-estar una figura estrambótica que creía ver entre los pliegues de las ricas colgaduras del lecho. Se impacientó. Ni con los ojos cerrados dejaba de contemplar aquella figura. Levantándose,

comenzó su tocado de noche. Se desnudó luego, se metió en la cama, y no pudo dormirse, viendo siempre aquella extraña figura, ya fuese con los ojos cerrados, ya abiertos.

Si se volvía hacia la pared, allí, grabada sobre la pared, la veía: volvía el cuerpo al otro lado, y donde quiera que miraba, sobre la mesa, en los dibujos de la alfombra, sobre el sofá, adherida á la cadena de que pendía la lámpara, irrisoria, extraña, sarcástica, silenciosa y fatídica, allí encontró siempre la figura.

De pronto Angela, estremecida, convulsa y arrollando la envoltura de la cama, apretó los dientes, crispó las manos y rasgó entre sus dedos los finísimos encajes. Fijó los ojos en la luz macilenta que en la lámpara ardía, y escuchó. La figura empezó á hablar, y habló así:

—Y bien, Angela: ya me oyes, y en

verdad que haces bien, yo soy tu conciencia. ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me temes? ¿Piensas acaso que yo te he de recriminar? No: la tuya es una historia terrible que no quieres confiarte ni aun á ti misma. Hay en el fondo de tu corazón un secreto que nadie ha podido penetrar.

El secreto ese te hace daño, te mortifica, te desgarrar; pero tienes que resignarte con el destino que te esté reservado. ¡Qué tiempo aquel, Angela! Para que lo recuerdes, es preciso que sufras; pero no hay remedio: como tú tienes conciencia y tienes corazón, y encierras en él un tesoro infinitamente grande de ternuras y de sentimientos hermosos, es preciso que así sea; es preciso recordarlo, recordarlo siempre, á cada hora, á cada minuto.

Tranquilízate, Angela. ¡Si se tuviera noticia, en la sociedad deslumbrante que tú frecuentas, en ese limbo hueco

de exterior que deslumbra y fondo sucio! ¡Si se tuviera noticia, repito, de que la duquesa Angela llora! ¡Animo pues!

Mira que tu reputación, que hasta aquí fué como de granito, que nadie ha podido romper, puede convertirse en cristal para que salte hecha pedazos con el empuje más ligero. Y bien: ¡qué! Tú no has sido culpable. Tú quisiste á un hombre perverso que te engañó. Tú querías á aquel hombre, pero no tanto como quieres hoy al marqués.

Y ¿por qué te estremeces de ese modo?

Eres muy orgullosa, Angela: tu orgullo es ya soberbia, pasión más terrible todavía, porque la comprendes y no la dominas. ¡Tiembles de rabia al pensamiento de la villanía que contigo se cometió! Al hombre, Angela, hay que amarle todo cuanto el alma puede

amar; hay que adorarlo, todo, todo cuanto cabe en lo posible. Pero este todo, que sea desde lejos... Y contigo no sucedió así. Fué todo... pero desde muy cerca, y resultó lo que había de resultar. Tú eras inocente; pero el corazón te hizo comprender el peligro cuando ya era tarde: tú no tenías experiencia del mundo... Una vez, en las exaltaciones de su pasión, te estrechó en sus brazos: tu débil cuerpo quedó destrozado por la violencia con que te defendías, pero cedió á la fuerza y cayó rendido. El tesoro de inocencia que en ti se encerraba, ni tú misma lo sabías. Cuando llegaste á comprender el valor inmenso de aquel tesoro, ya lo habías perdido; que por fatal ley que tú no comprendes, aunque es sencilla, la mujer no sabe lo que su pureza es, hasta que ya la ha perdido.

El pensamiento de Angela se oscureció de repente. Desapareció la figu-

ra, calló el eco, y Angela se incorporó un poco, pareciéndola que oyó gemir en el cuarto del marqués; un gemido doliente, desgarrado; un gemido que parecía llevarse tras sí un pedazo del corazón.

Se echó del lecho, la duquesa, precipitadamente. Se medio vistió con el mismo apresuramiento.

—¡Marqués!—dijo mientras se vestía.—¿Qué le pasa?

No contestó nadie.

—¿Estará peor?—se preguntó la duquesa, aterrada.

Reinó el mismo silencio, y ella no acabó de vestirse: se echó sobre los magníficos hombros un pañolón que encontró á mano, encendió una bujía y se abalanzó á la mampara...

Angela se tranquilizó prontamente: el marqués no estaba peor.

Carlos estaba soñando. El sueño de Carlos parecía una pesadilla. Entonces

fué cuando la duquesa pudo explicarse el lamento que había oído.

—¿Qué estuvo soñando?—pensó.—Alguna cosa triste debe ser.—Movi6 al marqués con suavidad, y Carlos se revolvió en el lecho. Tenía los labios contraídos y arrugada la frente.

Angela le contemplaba ansiosa.

—¡Elena!... ¡Elena!...—exclamó el marqués, efecto sin duda, de la pesadilla que le combatía.

El semblante de Angela, pálido entonces, se tornó lívido.

—¡Elena!—murmuró, temblando.—Es el nombre de su hermana. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué recuerdos me trae y cómo angustia mi corazón ese nombre!

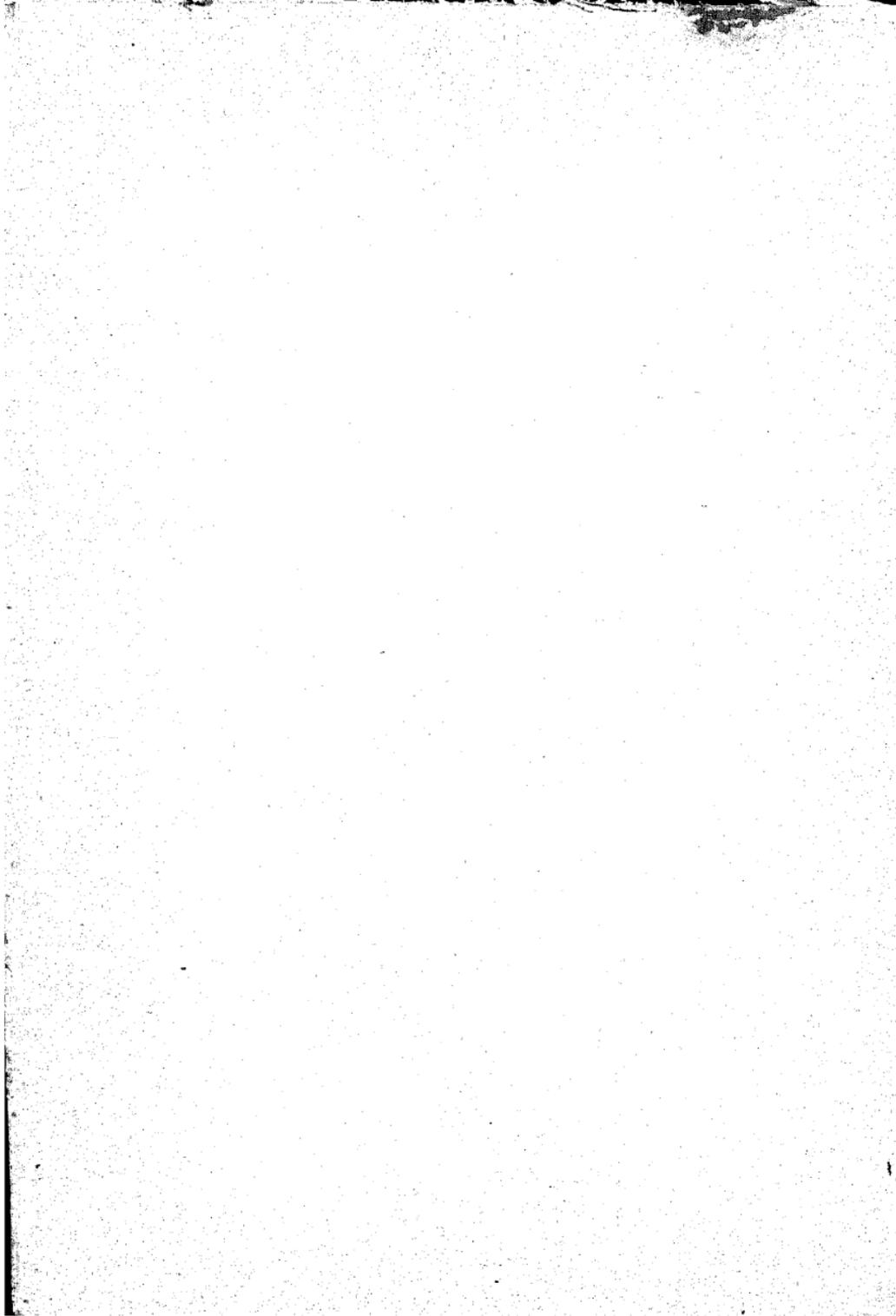
Aquella mujer tan fuerte, se sentía desfallecer. Quedó inmóvil, de pie, como una soberbia estatua, ante el lecho de Carlos.

Su mirada límpida se clavó tenazmente en el rostro del marqués. In-

---

clinó la cabeza de pronto, acarició con sus labios ardorosos la frente del enfermo y tembló á la par una lágrima en sus magníficos ojos pardos.







## V

**S**H barón, querido barón!, Es una aventura que me dará mucho nombre.

—Y ¿qué aventura es esa?

—La de Angela, barón, la de Angela.

—¡Yal! Anoche te separaste de mí, para valsar con ella, y el vals duró hasta la terminación del baile.

—¡Que digan ahora algunos necios que yo no soy *had hoc* para el caso de conquistar á una mujer!

A esos murmuradores se les desprecia.

—¡Claro que se les desprecia! ¿Ves?

Pero cuenta con el secreto, barón: te lo recomiendo mucho. Se trata de la reputación de una dama y confío en ti. ¿Ves esta camelia?

—Permíteme: eso no es una camelia: habrá sido quizás el tronco de una flor. Sí: eso es, una camelia: lo veo porque le quedan algunas hojas.

—¡Admirate, barón! Esa camelia, así como la ves, me la dió Angela como recuerdo de nuestra primera noche de amor. Chico, antes de dar comienzo á mis trabajos para rendir la fortaleza, noté que se desmoronaba. ¡Soberbio! ¡Magnífico! Esto me *adormece*... Cuando nos alejamos un poco de ti, como iba asida á mi brazo, aproveché la ocasión y se lo apreté suavemente.

—¡Ah, pilló! Y ¿qué dijo ella?

—No dijo nada.

—¡Miren la duquesa! ¿Y tú...?

—Se lo apreté más todavía... y en-

tonces me miró, inclinó la cabeza, y quedó muy pensativa.

—¡Demontre de Arturo! ¡Cuando te digo yo! Y es el caso, aquí, que hasta ahora nadie ha podido hincar el diente en ese manjar exquisito. ¡Quién lo había de creer! ¡Ah, duquesa, duquesa!... ¡Lo que son las mujeres! Todas caen: á todas las llegan sus quince minutos: la que no es más temprano, es más tarde... Pero... ¡calle! ¡qué idea se me ocurre!

—¡Oh, qué idea más hermosa! ¿Cuál es, barón?

—¿No crees tú que esa camelia, que sin duda te habrá sido entregada indirectamente, encerrará algun enigma misterioso? ¡Quién sabe! ¡La mujer es tan original! ¿Querrá decir algo eso, más positivo?

—¡Oh! ¿Qué piensas, barón?

—¿Has dicho que se desentendía cuando le apretabas el brazo?

—Sí.

—Prueba de que le agradaba. ¿No dices también que te miró y se quedó pensativa?

—Cierto.

—¡Oh, joven afortunado! Si es así, Angela te dió una cita.

—¡Una cita! ¡Barón, barón, que me pierdo!

—Esa flor no está deshojada por casualidad: las hojas que aun quedan pegadas al tallo, dan á entender las horas que deben pasar para que á su término te presentes á ella.

—¡Esto sí que es asombroso, profundamente *estirador*. El corazón me *vocifera*. ¿A ver? Una, dos, cinco, nueve, once, catorce hojas tiene... A la una de la madrugada me dió la cita: dentro de dos horas. No tengo ya tiempo. Adiós, barón. Haré mi *toilette* para presentarme en debida forma. ¿Voy de frac ó de levita? El chaquet

me parece más *had hoc*. ¿Tú opinas mejor por el chaquet *couvertures du paysan, dameret ó lermoyan...*? De pantalón nada hay que hablar: á la *Treuville*. Y de corbata, ¿qué color te parece más *chic*? ¿Negro, marrón, blanco, lila, azul...?

—Lila,—contestó su amigo, prontamente.

—Bueno. Adiós, barón. ¡Eh! Se me olvidaba: una noticia funesta. ¿Sabes que es sorda?

—¡Sordal! ¿Quién, Arturito?

—Ella, sí: me lo confesó. Es un secreto que le he prometido no revelar á nadie. ¿Por qué te ríes?

—Adiós, y vete ya, que te falta tiempo.—Dijo así el barón y empujó al sietemesino con fuerza. Cogió una pluma luego, y, procurando disimular la letra en lo posible, escribió algunas líneas en un plieguecillo de papel sin membrete. No firmó el escrito: lo do-

bló, lo metió en un sobre, puso la dirección y tocó un timbre.

—No me parece mala idea,—decía sonriendo.—El desquite será grande. La duquesa me negó su cariño y me puso en ridículo ante mis compañeros. ¡Cómo reían los condenados al tener noticia de las calabazas! Reían mucho: lo mismo que reirán como yo les haga creer que está enamorada ella de Arturo. El ridículo es para Angela peor que la muerte, porque es vanidosa como ninguna mujer. Por de pronto, veremos si consigo hacer que oscile siquiera ese pedestal donde se levanta su reputación de viuda inconsolable; esa reputación tan acrisolada para los demás, como para mí sospechosa.

Se presentó un criado, y le dijo el barón:

—Oye, Joaquín: buscarás inmediatamente á un hombre de tu confianza, que no sea conocido poco ni mucho

por la servidumbre de la duquesa Angela.

—Muy bien, señor.

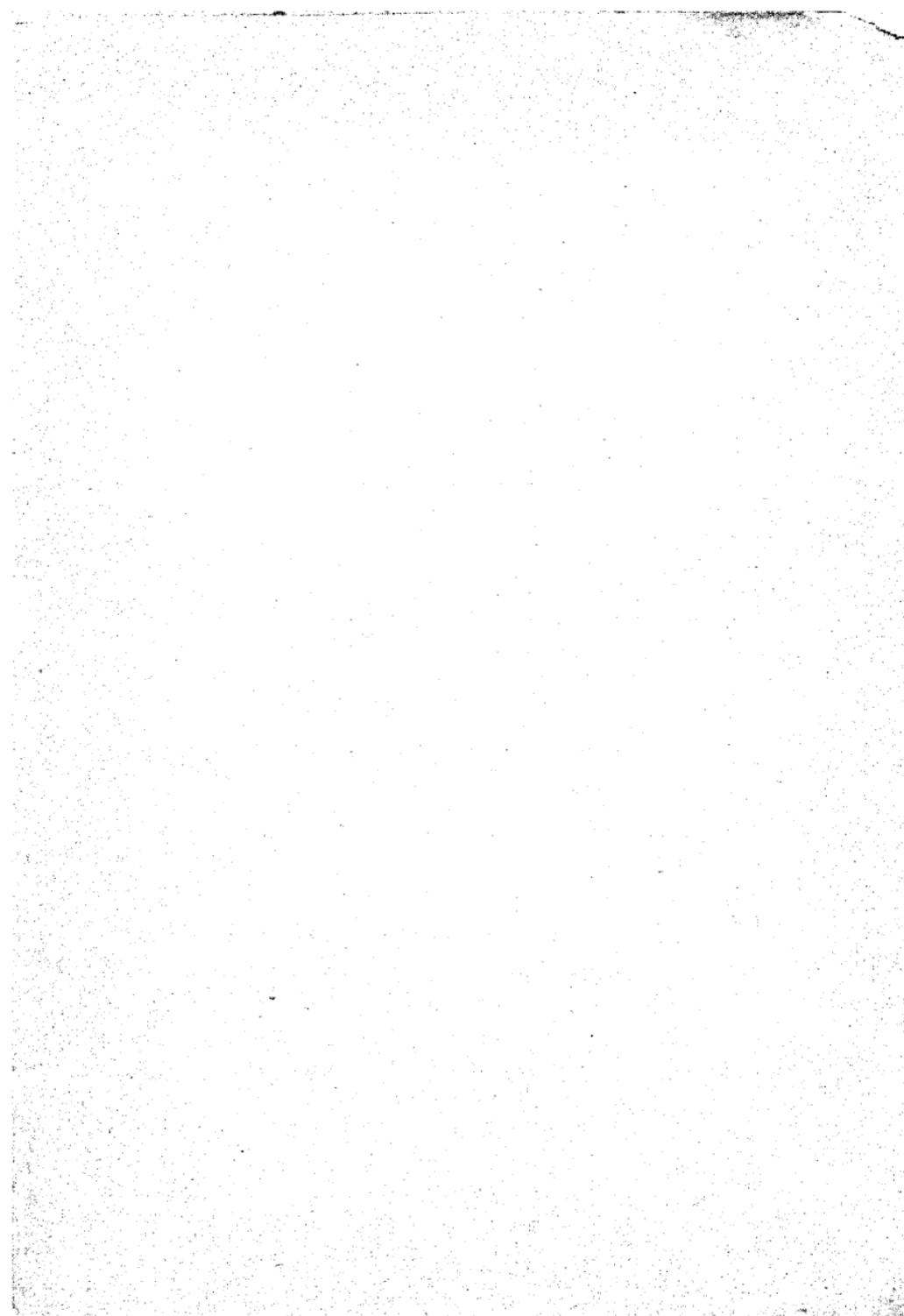
—Toma: que deje esto en manos de cualquiera de los de la casa, y que se escurra cuanto antes sin esperar respuesta. ¿Has comprendido lo que esto significa?

—Sí, señor,—contestó el criado con mucha flema.—Esto es un anónimo, y el señor barón no quiere que se siga la pista al dador.

—Eres mi sabueso de siempre, truhán. Adiós, pues, y el secreto sobre todo.

—Muy bien, señor.







## VI

**A**NTES de entrar en el dormitorio de Angela, á la derecha, en un ángulo, había otro departamento muy reducido, y deliciosamente adornado: era el tocador. Juana hacía la *toilette* á su señora. Parecía triste Juana.

Se había incomodado la duquesa, porque al destrenzar sus magníficos cabellos, estuvo algo torpe, lastimándola un poco.

Por eso creía Angela que su doncella estaba triste; pero no era así.

Angela levantó los ojos y vió á su

doncella por el espejo. Juana estaba llorando.

Angela se sintió molesta. Tenía muchos deseos de levantar los ojos otra vez; pero temía, sin explicarse la causa, ver de nuevo aquellas lágrimas importunas. Se revolvió con impaciencia en su asiento, y á la brusca sacudida que, Juana no esperaba, por retener ésta naturalmente la trenza en su mano, produjo la tirantez un leve dolor á Angela. Lanzó ella un ligero grito, y, arrojando con mal humor un pomo de esencias que tenía en las manos, exclamó:

—Pero ¡cuidado que estás torpe, Juana!

Juana no contestó.

No pudo resistir Angela más, levantó la mirada y la clavó en el rostro de su doncella. Sirviendo de intérprete el cristal azogado, encontráronse aquellas dos miradas. Vacilaron un instan-

te, y después se mantuvieron fijas la una en la otra: la de Juana, profunda, reflexiva, inquisitorial; la de la duquesa, inquieta, cobarde. Era aquella una especie de lucha en que alguna de las dos miradas había de vencer. Angela fué la primera que bajó los ojos.

Quedó profundamente pensativa. Comprendió perfectamente todo lo que Juana le había querido decir y le había dicho, con el lenguaje de los ojos, en aquella mirada que había hecho bajar la suya. Sí, Angela conocía á fondo el alma de su doncella, su carácter, sus condiciones. Por esto no dejaba de pensar en lo que Juana le había dicho con sólo una mirada, excusando así las trabas que el respeto ponía á sus labios. La duquesa pensaba:

—Ella tiene razón, pero no por eso he de ser yo más culpable. Me dice que mi proceder es extraño, que yo no

debí llegar nunca á esta situación, que el marqués no debía estar en esta casa, ni ha debido estar nunca, y que esto se pudo evitar no habiendo yo consentido en la funesta cita, para que le hiriesen en la misma puerta del jardín. Siempre los mismos cargos, siempre iguales reconvenciones; yo luto con mi alma, sosteniendo mis angustias, y mi tribulación, y no sirve de nada mi nobleza: no comprenden que en el juego llevo la peor parte; no comprenden, como ya estoy casi para asegurarlo, que yo he de resultar la víctima. ¡Pobre corazón el mío, no comprendido por nadie y pobre condición la mía, que á extremos tales me llevai Juana me acusa, me acusa Carlos. Y ¿por qué? Yo no he podido evitar lo que sucede. No sabe Carlos el por qué de mis frivolidades y de mi tono chancero para con él. Si las supiera, no me culpara, antes al con-

trario, me las agradecería. Yo le amo con toda la fuerza de mi corazón; yo cifro en él todas mis alegrías, todas mis ilusiones, todos mis ensueños, y, para decirlo de una vez, los goces todos á que puede aspirar una mujer.

El cuerpo de Angela se estremeció á una brusca sacudida. Levantó la cabeza, miró á la otra, y exclamó agriamente:

—Y ¿por qué, vamos á ver, por qué has de estar con esa cara de despedida? Habla, Juana: necesito saberlo, pero saberlo pronto. ¿No tienes gusto en estar á mi lado? Bien: dime la causa: la remediaré si puedo; si no puedo, tú obrarás como mejor se te antoje.

Y Juana replicó lentamente:

—Cuando la señora duquesa me socorrió con tanta generosidad, sacándonos á mis padres y á mí de la miseria, juré que, mientras no me arrojara V. de su lado, la serviría de rodillas.

Estas palabras de Juana parecieron llevar el pensamiento de Angela á un punto muy lejano, á una época triste de su existencia.

—Hace ya muchos años,—murmuró pensativa.—No se acordaba ya de su pasado arranque de mal humor.

Juana siguió trenzando y hablando.

—¡Ya lo creo que hace tiempo!— dijo.—Pasaré quizá de los trece años. La señora duquesa tenía entonces quince, lo mismo que yo. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ahora. A los cinco meses justos mataron á...

—¡Calla!—gritó Angela volviéndose, nerviosa, hacia la doncella, y clavando en sus ojos una mirada candente.

No se habló más. Terminó la *toilette*.

—Es ya tarde,—exclamó Angela, bruscamente.—Anda y ve si el señor marqués necesita algo.

Juana no replicó: dejó á la duquesa sola, atravesó el dormitorio y penetró en el gabinetito ocupado por el marqués.

Estaba Carlos preocupadísimo.

No se apartaba un instante de su pensamiento la imagen de Angela. Pero aquella imágen, por una circunstancia que Angela no comprendía, aparecíasele con otros ornamentos bien distintos de los que él la explicó muchas veces. El marqués amaba á la duquesa con locura, pero no como ella creía: le amaba como á los ídolos, sin tocarla por miedo de caer herido del rayo. Pensando en Angela, olvidábase Carlos de aquella garganta, corta, blanquísima, maravillosamente modelada; de aquel seno de contornos tan atrevidos como suaves, de aquellos ojos de llamas, de aquel cuerpo de curvas, majestuoso al par que gallardo. Su amor por Angela era puro y noble como Dios. ¿Por qué

entonces se mostraba ante ella completamente distinto?

Llegó Juana.

—Señor: ¿cómo se siente V.?

—Bueno, desde hace muchos días,  
—replicó el marqués, todo hosco.

—Me alegro.

El marqués no la dejó continuar.

—Bueno te he dicho, y bueno estoy:  
en disposición de marcharme, ¿lo entiendes?  
de marcharme al punto.

—Hágalo V. cuando guste, señorito.

—No se me permite.

—Tómese V. el permiso.

—Di mi palabra á tu señora de no abandonar esta casa sin que ella me autorizase para ello, y he de cumplir la palabra que empeñé.

—Es una medida prudente, porque se necesita evitar el escándalo: es preciso aprovechar una ocasión para que salga V. sin ser notado de la servidumbre: no sabe V. los esfuerzos que

ha costado y los compromisos en que nos hemos visto distintas veces para que no se trasluzca su estancia de V. aquí.

—Eso me trae completamente des-  
preocupado.

—No lo creo, señor. ¿Cómo es posible que halle V. placer en ocasionar un disgusto, por leve que sea, á mi señora?

—¿Sí? Pues mira: ahora mismo vas á decir á tu señora que ni su servidumbre me importa, ni me importa nada que no sea encontrarme inmediatamente en la calle. Di también á tu señora, que hace divinamente en no aportar por aquí, para evitarse con esto el dar oídos á las impertinencias mías, esas impertinencias que son verdades como puños; dila también que en toda ocasión, que en toda circunstancia que se presente, cualquiera que ésta sea, le diré yo lo mismo que tú

estás escuchando; y le dices, por último...

Cesó Carlos de hablar y prestó atención.

Había oído distintamente la voz de Arturito.

—¡Cara duquesa! — gritaba. — ¡Angela divina! Aquí me tiene V.: soy todo suyo. ¿Ve V. como he sido puntual á la cita?

—Vete, — concluyó el marqués con enfado, dirigiéndose á Juana y no aparentando preocupación alguna por aquellas palabras del gomoso. — Vete: no quiero seguir hablando.

Obedeció Juana, y el marqués salió detrás, cuando ya no podía ser visto por aquélla; atravesó el dormitorio de Angela, y se aproximó á la puerta que daba paso al gabinete, que Juana había tenido cuidado de cerrar tras sí. En aquel gabinete estaban Angela y Arturito.

Ya junto á la puerta, puso atención y miró de tiempo en tiempo por el ojo de la cerradura.

—Esto no será leal,—decíase;—pero es conveniente. ¡Bueno! ¡Muy bien! ¡Conque Angela tiene conferencias particulares, por no decir citas misteriosas, con tipos de esta calaña! ¿Qué será esto?

Cuando de tal manera se vió la duquesa Angela acometida por las palabras y los gritos del joven de la nariz, tuvo dos impulsos: el primero fué de risa, el segundo de asombro.

Los gritos se los explicó, porque recordaba muy bien que había *revelado*, en el baile, al simpático joven, el secreto de su sordera; pero lo demás, es decir, las palabras que se referían á una cita dada por ella al pequeño, no entendié jota.

Creyó Arturo, por su parte, que el gesto de extrañeza que Angela hizo

fué motivado por la impresión agradable que su presencia le causaba: dióle cuerda á la máquina, disparándose en graciosos galanteos, frases almibaradas y juramentos de amor. ¡Ay! Angela parecía no oírle.

Figurósele á él que la *sordera* de Angela era más grande. Hizo esfuerzos poderosos para hacerse oír, y daba gusto verle entonces con sus brillantísimas botas, con su pantalón que no bajaba de los tobillos, ajustadísimo como si las piernas se las hubiesen pintado de negro; con su chaquet rojo, de cola tirada hacia atrás y acabado en punta; su acción dificultosa en aquel instante, por sostener el sombrero bajo un brazo y tener puesta la mano del otro sobre el corazón; su cuello estirado, sus ojos salientes, su cuerpo diminuto, su nariz aplastada y su gracioso bigote.

Angela le dejaba decir, tratando de

explicarse lo que aquello significaba: se explicó únicamente que aquella criatura le hacía el amor, dándose desde luego por correspondido.

Figurábase Arturito que Angela no le oía, y opinó entonces por llegar al último extremo: avanzó dos pasos, y cayó de rodillas de repente á sus pies.

Angela se echó á reír. El jovencito creyó la risa de buen agüero, y de rodillas como estaba, levantó el brazo con intención manifiesta de rodear la cintura de Angela, ¡aquella cintura por la que tanto había suspirado el marqués!

Ella le miró un instante, sorprendida de tanto arrojo; pero, sin dejar al pequeño concluir, alzó una mano y descargó un bofetón en la bella cara del niño. El se puso de mil colores, y pensó, llevándose las manos á la parte dolorida:

—¡Esto es hablar por señas! ¡Si se

habrá figurado que yo también soy sordo!

Se presentó Juana, entonces, con una carta que entregó á la duquesa.

—Y ¿de quién es?

—No lo sé, señora: la dejaron á un criado.

Arturito escuchaba esto sin saber qué partido tomar: no tenía valor ni aun para apartar la vista de la pared donde la había fijado al entrar la doncella.

Salió la doncella, y Angela, sin hacer caso de Arturito, abrió la carta.

Brilló en sus ojos un relámpago, y su rostro hermoso tomó primero un tinte pálido, tiñéndose luego en púrpura. Dobló aquel papel, pensativa, y; ocultándolo cuidadosamente, fijó sus ojos en el joven. Arturito, que observó aquella mirada, no pudo contener un estremecimiento convulsivo. Había en los ojos magníficos de Angela algo

que jamás notó en los de ninguna mujer. Miró Angela de nuevo, y de aquel modo arrebatador, al pequeñito; dibujó en sus labios una sonrisa, que le pareció al mozo, en aquel instante, sol que brota tras un temporal deshecho, y tendiéndole una mano, la misma con que le abofeteó, le dijo con dulzura:

—Y bien, no hay que inquietarse: ya sabe V. que manos blancas no ofenden.

—¡Ah, duquesa, divina duquesa! No es ofensa lo que V. me ha hecho.

—Pues ¿qué, entonces?

— Daño.

—Si es cierto lo que V. dice, conozco yo quien, amorosamente, sabrá poner en el sitio dolorido, bálsamo tan eficaz, que le cure en el acto.

— ¡Ah, duquesa! y ¿qué bálsamo es ese?

—Ruego á V., en primer lugar, que se reporte: me tiene V. enloquecida.

—¿De amor?

—No: de la cabeza, con esos gritos que está dando.

—Pero entonces...

—No tenga V. miedo: mi enfermedad es muy rara: cuando recibo una fuerte impresión, oigo luego perfectamente durante algún tiempo; y ya ve V. que la impresión que me ha hecho V. recibir, no es para menos. Es V. muy osado, Arturito,—añadió la duquesa sonriendo.

Arturito se relamió de placer. El se comprendía: era mucho hombre.

—Pero ¿está V. ofendida conmigo? —interrogó poniendo los ojos en blanco.

—¡Qué disparate! Pues ¡no faltaba más! Lo mejor es olvidar eso.

—De manera que me ama...

—Es preciso que sea V. más prudente.

—Pero el bálsamo, ese bálsamo encantado, ¿cuál es?

—¡Quién sabe!

Bajó luego la voz y dijo:

—Venga V. pasado mañana, después de la media noche, á las dos.

—¡Demonio!—exclamó por lo bajo Carlos, que escuchaba ansioso tras la puerta.

—¡Ángela!—había exclamado también Arturo. Y temblaba el mísero, yo no sé si de amor ó de miedo, al ver la marcha seria que la aventura iba tomando.

—A las dos de la madrugada: ¿lo entiende V.?—repitió Angela con energía y dando á su rostro una expresión que al joven simpático gustó mucho.

—Vendré

—Rodeará V. la casa y aguardará en la puerta del jardín.

No sólo había escuchado el marqués hasta la última frase del anterior diálogo, sino que presencié toda la escena.

Le extrañó, por eso, que Angela hubiera dado una cita al jovencillo de los tacones y se arraigó más su extrañeza cuando comprendió que se chanceaba con él.

Pero lo que comenzó á incomodar verdaderamente á Carlos fué la carta que Juana entregó á la duquesa. Cuando después de su lectura vió la transformación de Angela con respecto al joven,—¿Qué significa esto?—pensó. Tendrá que ver algo la carta con la presencia mía aquí?

—¡Demonio!—¿exclamó por último al oír á Angela. Le da una cita. Muy bien, perfectamente. ¡Ah, duquesa! Ya nos veremos las caras. ¡Estoy saboreando prematuramente el placer que tanto ansío! Habrá crueldad en esto, pero tengo ansiedades por que corran sus lágrimas una vez siquiera ante mí. De todos modos es preciso decírselo: decírselo, sí: que comprenda, de una vez, que mien-

tras goza y se divierte por cualquier fruslería, hay quien sufre tormentos horrorosos por evitarle una angustia. No: basta de contemplaciones. —El marqués, que había apartado un instante los ojos del agujero por donde estuvo mirando, se inclinó otra vez y miró de nuevo.

—¡Pero esto es incomprendible, señor! murmuró balbuciente. ¡Qué mujer!

Angela estaba sola: había inclinado la cabeza sobre el pecho, contemplaba la carta con fijeza extraña, y aquellos ojos hermosísimos, que todos admiraban por los relámpagos que despedían, eran entonces manantial de lágrimas ardientes que iban á perderse entre los revueltos encajes del magnífico seno.

Entró Juana entonces, y la preguntó la duquesa:

—¿Viste al marqués?

—Sí, señora.

—¿Quiere algo?

—Marcharse.

—Que se marche: ya lo deseo yo también.

—Añadió más, señora: que si no le dejaban salir en el acto, pondría de su parte todo lo posible por hacerlo, sin que le detuvieran consideraciones de ninguna especie.

—Dile que hoy mismo saldrá de aquí, y suplicale en mi nombre que espere un momento oportuno; pero si no le cuadra esto, que haga lo que tenga por conveniente: todas las puertas de mi casa están abiertas.

—¿No le verá la señora antes de marchar?

—No.

—Es que, como hace ya algunos días que rehuye hablar con él, pudiera ofenderse: ha dicho...

—Déjame sola, Juana.

—Bien está,—murmuró el marqués

á las últimas frases del anterior diálogo. Pues ahora no me voy sin hablar antes contigo: quiero ver lo que pensarás, Angela, con esta determinación mía. Se retiró á su cuarto, y Juana llegó después.

—Esta noche se marchará V.,—exclamó.

—Perfectamente. Ahora vas á decir á tu señora que no me voy sin que me vea antes ó sin que yo la vea: no sería yo galante si no le manifestara mi gratitud y no le ofreciera mis respetos.

Juana se quedó mirando al marqués, y dijo antes de salir:

—Cuando por amor propio se quieren atravesar caminos tortuosos para llegar á un punto determinado, al que se anhela ir de frente, es lo más fácil que no se llegue nunca. A los dos os sucede lo mismo: los dos queréis encontraros, y los senderos que seguís no son iguales.

Quedó el marqués algo confuso, pero se desentendió después. Algo más tarde llegó Angela, y le dijo Carlos, burlescamente.

—Dicen que son inverosimilitudes eso de las mujeres que matan; que son fantasmagorías de imaginaciones inquietas. ¡Ah, nó, querida Angela! No dirá V. que haya inverosimilitud en eso, porque en V. misma está la prueba de lo contrario: hay mujeres que matan, y volverían á matar si resucitara el muerto, por más que esas mujeres son cobardes. V. me mata á mí de amor, y se niega V. rotundamente á hablar conmigo: ¿me teme V. acaso, duquesa?

—¡Yo temer á V.!

Y vió Carlos que el entrecejo de Angela se arrugaba al hacer la exclamación; signo evidente del golpe que habían asestado á su orgullo indomable.

—Bien, perfectamente: si no me teme V., amiga mía, ¿porqué esa obstinación en no hablar conmigo?

—Porque es V. intratable; porque... En fin, déjeme V. sola: la culpa tengo yo, que, como siempre ha sucedido, debí no hacer caso de ninguna de sus palabras, que de poco tiempo á esta parte parecen encaminadas con una intención oculta que no comprendo.

—Desengáñese V., Angela: mis palabras no han podido tener nunca otra intención que la de expresar el amor mío, este amor que en mal hora concebí, y que siempre fué objeto de su mofa.

—Es que su amor no puede inspirar lástima.

—Desprecio en todo caso: ¿verdad duquesa?

—Usted lo ha dicho: desprecio, si.

—Y sin embargo, si debiendo despreciarme, no lo hace, es V. ya tan

culpable ó más culpable que yo al profesárselo.

—¿Sabe V., querido marqués, que está V. un poco enigmático?

—¿Sabe V., querida Angela, que está V. tan hermosa como siempre?

—Es V. terco.

—Soy justo.

—Siempre lo mismo, marqués: no le quiero así, ya lo sabe V.: le quiero de otro modo: se lo repetí muchas veces.

—Bueno, pero no soy hipócrita como otros: me manifiesto tal cual soy. En cambio, sé yo de muchos que quieren aparecer bajo un carácter que no tienen, y que lo consiguen sólo en un principio.

—¿Qué quiere V. decir?

—Nada más que eso. Vamos, no se ría V., que esa risa no hermana con la hermosura de esos dientes ni el carmín de esos labios; no se ría V., An-



gela, porque esta risa es forzada: resulta fea.

—¡Marqués!

—Pero, querida duquesa, no sé por qué cambia de una manera tan alarmante el color sonrosado de sus mejillas, de esas mejillas que me harán pasar la vida en agitación sin tregua, mientras no sean quemadas por mis labios.

—¡Marqués!—repitió Angela no pudiendo contener un arrebató de cólera. —¡Mal haya su manera de ser para conmigo que tan de veras le aprecio! ¡Mal haya mi modo de ser asimismo para con V., que no puedo despreciarle al oír esos que son insultos en su boca! Repórtese V., siquiera porque se lo pide una señora, que quiere ser su amiga: piense V., Carlos, que por menos, por muchísimo menos, han arrojado mis lacayos de esta casa á más de un importuno.

—Si conmigo hace V. eso, si le diera por que los lacayos me arrojasen de su casa, sería un trance bastante original después de haberme retenido en ella algunos días en contra de mi gusto.

Pasó Angela sus manos por la frente y mirando con insistencia particular á Carlos.

—Y bien, marqués, —dijo; —¿qué pretende usted?

El rostro de Carlos estaba lívido: esforzábale terriblemente para hablar en aquel tono burlón y ligero.

Procurando dar firmeza á su voz, pero con los labios trémulos, exclamó, inclinándose ante Angela, con una insinuación leve de sarcasmo:

—¿Qué pretendo? Nada más, señora duquesa; despedirme de V.: ya ve cuán poco para quien tan bien la ama.

Y haciendo Carlos una reverencia

fría, se alejó sin volver el rostro.

Cuando no pudo ya ser visto por Angela, se detuvo y respiró con fuerza: dolíale mucho el corazón.

Llegó á su casa aquella misma noche, y le salió al encuentro una mujer, mejor dicho, una niña, de trece años, fuerte, esbelta, hermosa, blanca, elegante, con cabellos y ojos negros, y de mirada profunda. Era Elena, su hermana.

Corrió Elena presurosa, y se colgó á su cuello, envolviéndole en una mirada intensa é inefable.

Correspondió al abrazo él, y rozó con suavidad aquella frente, donde se destacaba, en lo más hermoso de su lozanía, toda la castidad de un pensamiento virgen.

—¡Oh! Cuánto tiempo sin vernos, hermanito mío. Creí que ya no me querías y he llorado mucho. Deja que te abrace otra vez.

—¿Conque has llorado? Mal hecho, porque, ni mi ausencia podía ser larga, ni he dejado de quererte.

—¡Ah! ¿Me quieres mucho? ¿Sí? ¡Qué alegría! Oye: pero si es verdad que me quieres tanto, ¿por qué no has venido á verme?

Y Elena hacía con sus labios un gracioso mohín.

—Mira, Elena, que no me gusta que seas así: eres ya una mujer y preciso es que tengas reflexión.

—¡Sí! Ya estás con tus sermones de siempre! Pareces un padre misionero con tu pobre hermanita que tanto te quiere. Bueno, descuida: ya no te querré más.

—No, Elena mía: no digas eso, ni de broma siquiera: tú no sabes lo que me afliges.

—Bueno, así me gusta: que te aflijas cuando digo que no te voy á querer: con eso comprenderás lo que yo

me aflijo cuando no me quieres tú... Y no te quiero, ¿lo entiendes? no te quiero, no te puedo ver, me eres insoponible. Por la único que deseaba tenerte á mi lado, en la ausencia, fué por una niñada, como tú dices: porque de noche, al acostarme, y cuando me levantaba, sentía muchas ganas de llorar, echando de menos ese beso que me has dado en la frente.

—Pero, ¿estás llorando, Elena de mi alma?—exclamó el marqués, estrechando contra su corazón á Elena.

—¡No! ¡Si yo no lloro! Es que... ya lo sabes: ¡como soy tan tonta, como soy tan niña, por eso te figuras que lloro!... ¡Yo!... ¡Yo qué he de llorar!

Y Elena llevó sus diminutas manos á los ojos, que se deshacían en lágrimas, como si quisiera dar cabida á aquel hermoso raudal de diamantes en delicados búcaros de nieve.

—Vamos, no llores más, Elena: yo

te quiero mucho y quiero estar siempre á tu lado; pero no lo he podido remediar esta vez. Ahora vamos á descansar.

Elena levantó los ojos radiantes de alegría en medio de sus lágrimas, miró al marqués, le retuvo los brazos al cuello, y exclamó sonriendo dulcemente:

—Dame otro beso: me gusta mucho que tú me beses.

Carlos cerró los ojos y besó.

Detrás de Elena había una señora de vestido antiguo, de zapatos antiguos, de ademán antiguo y de cara antigua: es el retrato menos antiguo que de ella se puede hacer. Llamábase esta señora D.<sup>a</sup> Angustias, y era lo que en otros tiempos una dueña y en estos una institutriz ó dama de compañía.

Después de algunos años de viudo, el padre del Marqués contrajo segundas

nupcias. Carlos viajaba entonces en compañía de un viejo y antiguo servidor. Su padre le escribió meses después, dándole cuenta de que tenía una hermanita á quien se puso el nombre de Elena, y que, el nacimiento de la niña costó la vida á la madre. El marqués no era viejo: pero estaba achacoso. En fin, que se murió también. Avisado inmediatamente Carlos, volvió á Madrid y llegó á su casa; se encontró con dos personas á quienes no conocía: una preciosa niña y una feísima vieja. La vieja era D.<sup>a</sup> Angustias, señora de grandes respetos que puso el marqués al frente de su casa. ¡Fué D.<sup>a</sup> Angustias, espetada y cariacontecida siempre, la compañía única con que Elena pudo contar en sus sueños infantiles y en las melancolías dulces de la niña que empieza á ser mujer! Un solo rayo de sol brotaba por la grieta de aquella nube, como Balzac diría, oreando

la frente de aquella niña cuyo corazón era de mujer, terrible y lleno de pasiones. Este rayo de sol, era el cariño de Carlos.





## VII

**S**E retiraron todos, y el marqués fué á su cuarto: llegó á su secreter y sacó unos papeles.

—Aquí están—dijo—son éstos. Quiero leerlos otra vez, quiero cerciorarme: me parece un sueño todavía: quiero que ni una sombra de duda me reste.

Eran dos cartas, mugrientas ya, y descoloridas casi por el tiempo.

Carlos desdobló una de aquellas cartas con emoción, y leyó lo siguiente:

«Querido Carlos:

»Eres mi hijo; mi hijo y lo que me hace amar la vida, esta vida cuyo

fin estoy viendo ya cercano. Presiento que voy á morir sin verte por última vez, y esa es mi pena. Por lo demás, estoy tranquilo: ningún remordimiento me acongoja.

»Pero oye, Carlos: voy á revelarte un secreto: te dejo un legado, y ese legado es Elena, la niña que crees hermana tuya.

»Antes de proseguir esta carta, entérate del contenido de la otra que te adjunto.»

El escrito indicado, dirigíase al viejo marqués y decía así:

«Amigo mío: Tú eres el único á quien puedo confiar todos mis secretos; hasta el secreto de mi deshonor, que será imposible reivindicar, porque, en un arrebato de este carácter mío que me desespera, he matado al amante de mi hija. Huyo con ésta y te hago deposi-

tario del fruto de ese amor, que es la condenación mía.

»Se llama Elena. Edúcala ¡Qué culpa tiene la inocente! Algún día te la reclamaré, correspondiendo á este servicio inmenso con lo que es para ti de más valor: con un abrazo.

*»Armando Coronel.»*

Carlos prosiguió la carta de su padre:

«Creo cumplir como bueno, revelándote esta historia.

»No sé si Angela Coronel existe.

»Nadie se ha presentado á reclamar á Elena, ni he tenido más noticias de su abuelo.

»Pero yo creo, en conciencia, que debes buscarla, que debes unirlos, porque comprendo á la vez los infinitos sufrimientos que desgarran el corazón de la pobre mujer, y más aún recor-

dando sus bondades; porque ella es buena, muy buena.

»Adiós, y no lo olvides: quiero que seas su padre. ¡Pobre niña! Procura hacerla feliz.»

Carlos inclinó la frente sobre una mano, no oyéndose otro ruido que el de su respiración entrecortada y fatigosa.

No apartaba Carlos su mirada candente de aquellos signos estampados allí por la mano temblorosa de su padre en el momento quizá de la agonía. Carlos fué hermano de la niña, la amó, la educó y buscó á su madre sin dar con ella. Pasó mucho tiempo y se enamoró locamente de una mujer: de la duquesa de San Ginés, de Angela de Barbastro. Cuando más loco, cuando más enamorado estaba, una terrible noticia le heló el corazón.

Angela llevaba el nombre de su ma-

rido. Bajo aquel nombre ocultábase, sin ella pretenderlo, el de la madre de Elena. ¡Angela era hija de Armando Coronel! Creyó entonces que el amor que profesaba á esta mujer perdió toda su pureza, y quiso hacer de su pasión un amorcillo callejero. No pudo: la amó como antes, pura y generosamente, y aumentó su cariño la tenaz resistencia y la dignidad de Angela, puestas siempre como dique á sus aloeadas y fingidas manifestaciones de amor de un día.

—¡Oh!—decía Carlos al terminar la lectura.—No quiero, no debo amarla verdaderamente. No quiero amarla con ese desinterés noble que todo lo unifica y todo lo confunde en dos pechos que se adoran. Es imposible. Quiero hacerla padecer, quiero vengarme de ella ¡Venganza! ¡Triste palabra que mi corazón aborrece y que mis labios pronuncian, sin embargo, con fruición ex-

trañisimal! Pero ¿qué sé yo lo que pienso, ni lo que digo, ni lo que hago, si esta imaginación mía es un torbellino donde gira siempre la imagen de esa mujer, chancera y grave á un mismo tiempo, epigramática y melancólica, con severidad de misticismo y frivolidades pasajeras, incitante y casta, desdeñosa y amante, altiva y dulce, ángel y demonio?

—Y ¿qué carta será la que hoy recibió en presencia de Arturo?—se interrogó así, de pronto, dando un giro á sus ideas.—¿A qué obedecerá esa cita y en hora tan desproporcionada? He de saberlo: lo deseo, lo necesito, lo quiero. ¿Será de amor la cita? ¡Oh, no! De-sechemos esto.

Angela no puede amar á ese joven... ¡Ah! Se me ocurre una idea. Angela señaló las dos de la madrugada para la hora de la cita. Ahora veremos cómo se las compone. Me aborrecerá Angela,

no lo dudo, le seré enojoso; le causaré desprecio, tal vez; pero es verdad que siempre se ha sujetado al menor de mis deseos. Muy bien: ahora verás, Angela.

Cogió la pluma y escribió sobre un plieguecillo de papel timbrado.

«Amable duquesa:

»Para tratar de un asunto importantísimo, tengo que hablar á V. á las dos de la madrugada próxima.

»Le extrañará la hora quizás; pero yo sé, juzgando por lo profundo de su aprecio hacia mí, que no será el obstáculo que le impida conceder esta gracia al mejor de sus amigos.

»Carlos,

»*Marqués de Fonseca*

Cerró la carta, le puso la dirección y la dejó sobre la mesa.—Sí,—dijo;—

á igual hora que Arturo fué citado.

Entró después en el cuarto de Elena, y quedó allí contemplándola, hermosa y dulce como las ilusiones. «Y ¿por qué aquella pobre niña había de ser el fruto de una culpa, siendo la culpable una mujer á quien se consideraba casi como una santa?—Yo la amo, yo la adoro,—pensó el marqués,—no con el delirio arrebatado que satisface el placer de un momento: con la pasión tranquila que nunca muere. ¡Amar yo á esta mujer, comprender su falta y creerla un ángel! ¡Yo soy el único que poseo el terrible secreto, el que conoce su falta y el que guarda á su hija! ¡Yo, que la adoro! ¡Yo, que diera mi existencia toda por arrancar de su pasado esa nota que vibra en mi corazón como una centella! ¡Y que no pueda yo concebir, que no pueda comprender hasta dónde llegan los pensamientos ocultos de Angelal y Porqué, su desvío y su

amor á un mismo tiempo? ¿Porqué, si tiembla de amor al escuchar mis palabras frenéticas y un mundo de fulgores brilla en sus ojos, quiere contener mis arrebatos con la fingida risa, el tono chancero á veces, y siempre la fina sátira? Yo no sé qué pensar; provocaré con Angela una explicación decidida, y de su actitud dependerá todo: pero lo digo, lo repito otra vez: nada de lo que sucede, ni aun el recuerdo de su culpa, única falta suya que á mis ojos está patente, me hace desconfiar de ella.

Tan abstraído estaba Carlos, que no vió que Elena, abriendo suavemente los ojos, le envolvió en una mirada de cariño.

Únicamente se dió cuenta de que Elena había ya despertado, al sentir una mano muy pequeña que estrechaba la suya, y una voz, que pareció á Carlos la de Angela:

—Vamos, hermanito: veo que me quieres de veras. Estaba yo soñando que un ángel muy hermoso velaba mi sueño. Pero mira qué cosa más rara, —prosiguió la niña alegremente;—tú no eres tan guapo como el ángel, ¡ya lo creol como que el ángel no tenía tus barbas ni tus bigotes: pues, á pesar de todo, el ángel me perdona, pero te quiero á ti más que á él.

Carlos besó aquella mano de nieve; la estrechó con efusión.

—A saber que interrumpiría tu sueño, me hubiera guardado bien de venir á molestarte.

—¡Y dale siempre con lo mismo! ¿No sabes tú ya que nunca me molestas?

—Estabas dormida y te he despertado.

—Bueno: despiértame siempre que quieras: á mí no me importa eso. ¿No me despierta siempre que le acomoda, doña Angustias, para que le dé compa-

ña porque está desvelada y ve visiones? ¡Ya lo creo que las verá! Como que deja la luz encendida y tiene un espejo muy grande enfrente de la cama.

Hizo Elena un gracioso mohín, mientras Carlos reía.

—Oye,—prosigió luego la niña.—Ya lo sabes. ¿Qué de particular tiene, si ella lo hace, que me despiertes tú? ¡Y mira que de su cara á la tuya buena distancia va! Siempre con aquella boca abierta para decir que soy muy niña, que tengo poco seso, que si la sobrina del general está más adelantada que yo en el piano; que si á fulanita le harían el vestido largo antes que á mí, porque tenía más reflexión...

—Pero, vamos á ver, Elena: ¿quién tenía más reflexión: el vestido largo de fulanita, ó tú?

Elena se echó á reir, estrechó la mano de Carlos y entornó los ojos dulcemente.

Poco después sentía Carlos que aquella manita hermosa y blanca se iba aflojando entre las suyas.

Elena dormía.

Carlos la contempló un instante, besó á la niña en la frente y salió del dormitorio.

Lo primero que hizo Carlos cuando se levantó, fué enviar á la duquesa Angela la carta que había dejado escrita la noche antes, pidiendo una entrevista á la misma hora en que ella había citado al pequeño de la nariz.

La contestación de Angela no se hizo esperar. Era un billete tan lacónico como expresivo. Decía de esta manera:

«Venga V.

»Angela,

»Duquesa de San Ginés.»

—¡El demonio es esta mujer!—pensó Carlos. Ó está loca ó lo estoy yo. Es una de las tantas cosas que en ella no comprendo; pues supongo que no querrá tener por testigo de nuestra conversación á ese interesante joven.

A la mismísima hora, arrogante la mirada, sacado el pecho, atusadísimo el bigote gracioso, espejuelos en ristre, es decir, montados trabajosamente en aquella nariz más trabajosa todavía, y haciendo viento con los brazos, penetraba el pequeño en la casa de su amigo y consejero el barón.

—Y bien, ¿qué tenemos Arturo? parece que la cosa marcha, según te veo de animado:

—¡Ah, barón! ¡Ah, queridísimo barón! Todo lo que me sucede es *estirador*, profundamente *estirador*! La frase aquella, por tu talento inventada, es la que en todas las ocasiones viene como de molde para esta tremenda

aventura. ¡*Estirador!* lo repito; ¡inmensamente *estirador!*

—Pero ¿y Angela?

—Entré, la vi, la hablé, no me contestó, levanté el grito, me oyó sin duda, me contestó por señas..

—¿Por señas?—repitió el barón, asombrado.

—Por señas, sí,

—Y esas señas ¿cómo...?

—Con las manos y en la cara: fué un bofetón.

—Ahí me los den todos. Pero, Arturo, tú me encantas. Tu aventura me va interesando.

—En el instante mismo de recibir yo en mi cara todo el peso de su mano monísima, recibió la duquesa una carta.

—La mía,—pensó el barón.

—¡Ah, barón! Esta carta sería, sin duda, un consejo saludable; consejo que, sin duda también, me favorecería

mucho. Una vez leída la carta, quedó profundamente pensativa. Me contempló luego, sonriente, y me dió una cita.

—¿Una cita? ¡Demontre!

—Y ha de ser esta madrugada.

—¡Demonio! —repitió.—Y ¿á qué hora?

—A las dos.

El barón quedó profundamente reflexivo.

—¿En qué piensas?—interrogó el pequeño,

—Pienso,—contestó el barón, sin mirarle, —en que la de San Ginés se porta, en que la cosa es hecha, en que eres afortunadísimo... y—añadió por lo bajo,—en que la duquesa Angela está perdida.

Cuando salió Arturito, quedó el barón preocupado. Había allí alguna cosa que no pudo explicarse por más que se devanó los sesos.

—La carta que envié á Ángela com-

prendo que fué buena idea. ¡Oh, sí! Ó mucho me engaño, ó es cierta mi deducción de que la viuda está enamorada perdidamente del marqués. El marqués se ha perdido: nadie sabe su paradero. Perfectamente: en la forma que la carta está concebida, puede ella figurarse que la persona de quien se trata es el dorado señor. Con franqueza, tenía mis dudas de que Ángela se atreviese á salir de su casa á tal hora y en tales condiciones. Ha sido un juego de azar que me resulta á maravilla, y yo creo que mi pequeño ardid para tomar el desquite tendrá un éxito mas lisonjero del que yo esperaba. Pero la duquesa ¿para qué necesita á ese cernicalo de Arturo á la misma hora que debe acudir al punto que el billete misterioso la señala? En fin, veremos: como tiene un hueco de dos horas, bien puede llenar ese hueco del modo que se le antoje. ¡Ah, duquesa!

Me parece que has tropezado. Pide á Dios que si caes, no sea de peligro la caída. Ahora, al café: á ver á los amigos, á decirles que la incorruptible tiene un amante, que deja su casa á media noche para irse con él. ¡Esto sí que es *estirador*, como ese apreciable jovencito dice; profundamente *estirador*! Puede suceder que no lo crean, pero entonces, lo verán ellos con sus propios ojos. Me gustaría mucho que esos tigres se cebaran en la pobre Angela, siquiera por las burlas de que me hicieron objeto con motivo de sus desdenes.







## VIII

**E**RA ya de noche y Ángela sentía un malestar indefinible. Le abrasaban las mejillas; su pulso era agitado. Presentía así, como el acontecimiento de una cosa grande que habría de influir poderosamente en su existencia. No pudo resistir, llamó á Juana, que le ayudó á desnudarse, y se metió en el lecho. Y entre el tropel desordenado de sus ideas, confusión gigante que la produjo el vértigo, surgió una de repente, fija, tenaz, y aterradora. Ángela había recordado al hombre á quien amó en

otros días, y después recordó á su padre.

—¡Oh, Dios mío! Mi padre fué terrible. Tuvo noticias de la acción del infame... de que yo me hallaba en cinta... Se volvió loco de rabia, buscó al padre de mi Elena y le hizo pedazos el corazón de un balazo. Mi padre me ultrajó, me golpeó. Estuve á punto de volverme también loca. Yo temblaba de espanto. ¡Dios mío! Di á luz una niña, la arrancó de mis brazos y no la he vuelto á ver. ¡Ay! Después me dijo que se bautizó con el nombre de Elena. Me llevó mi padre por países desconocidos, y lo que hizo no lo comprendí; pero á la vuelta de algunos años me pude presentar de nuevo en el gran mundo, hecha duquesa viuda de San Ginés. ¿De qué resortes se valió? Yo jamás he pertenecido á ningún hombre, sino al padre de Elena, y violentamente. Mi padre jamás me habló de ese du-

que muerto, y casado conmigo sin que yo lo conociera. Yo sólo sé que cuando volvíamos del extranjero, enfermó mi padre de pronto, y antes de morir me entregó los títulos del ducado que mi extraño esposo me legara, la partida de casamiento y su partida de defunción.

Gimió Angela: en su delirio, le parecía estar contando á Carlos la triste historia. Los hermosos cabellos le caían en desorden por la frente pálida entonces, muy pálida, y sudorosa como todo su cuerpo. Se revolvió penosamente y abrió los ojos. La luz estaba moribunda.

Se oyó un chisporroteo y el aposento quedó en tinieblas.

Con uno de los esculturales brazos pendientes fuera del lecho, cogido bajo su cuerpo el otro, hundido el rostro en las almohadas y anhelante la respiración, siguió haciendo el relato al

ilusorio personaje que ante sí creía tener.

—¡Murió mi padre! Seis años hacía que en vano procuraba secretamente buscar á mi hija. Sola ya, libre, y con riquezas, me entregué por completo al amor inmenso de la hija á quien no conozco, luchando sin éxito para encontrarla. ¡Habrá muerto! En el gran mundo supe hacerme querer y respetar. Tuve fama de ser la más hermosa, la más buena, la más pura. La murmuración, que ante nada se detiene, no llega á mí: pasa de largo. Y hé aquí, que la noble dama de limpia alcurnia, la que es reconocida por todos como virtud intachable, se presenta ante la sociedad ocultando el pudor caído de la doncella tras la muralla del manto de viuda; viuda de un hombre á quien jamás he conocido. ¡Viuda sin ser casada! ¡Aventurera que lleva un título alcanzado tal vez por un montón

---

de oro, quién sabe si obtenido por medio del crimen! Yo te amo, Carlos: te amo tanto, que hasta olvidé algunas veces á mi hija por el recuerdo tuyo. Pero yo sueño, Dios mío: yo no debo pensar eso: yo quiero en tí un alma que, entre celajes de rosa y oro, y con alas de ilusiones, vuele fundida en la mía por el cielo infinito de lo ideal; y tú, ¡ay! me confiesas cínicamente que esas son tonterías, de las que te ríes con la mayor buena fe. Debo aprender con eso: debo callar y sufrir. ¿Habrás de ser tú la expiación de mi culpa involuntaria? ¿Sucederá, por el contrario, que yo consiga regenerar tu alma, y sea al fin lenitivo del amor de mi hija, que lloro perdida, la felicidad suprema del amor que tú me consagres? Mi amor es noble, dispuesto á la abnegación, dispuesto al sacrificio. Pero ¿y si tú te enterases de mi historia pasada? El golpe sería terrible

para los dos, y para mí más que para ti. Pero ¡á qué pensar en cosas que tanto mortifican! No, no quiero. Una confesión franca y explícita contigo, me salvaría. ¿Tendré valor, Dios mío? ¿Tendré fuerzas?

Pasaron algunos momentos y el corazón se le oprimió más aun: pero aquella opresión era emanada por un sentimiento de alegría. Era que contempló á Carlos aproximarse á ella, presentándole á su hija y sonriéndole, al par, enamorado.

Angela era feliz del modo que podía ya serlo: se había dormido y estaba soñando.

Cuando despertó, eran las diez de la mañana.

En desorden los cabellos, floja la elegante bata, mal cubiertas las exuberantes formas por el finísimo peinador blanco, salió Angela del gabinete, sentóse ante una mesa, y escribió al-

gunas palabras en una tarjeta. cuya dirección puso á nombre del joven pequeño de los tacones altos y demás circunstancias que el lector ya conoce.

Hizo vibrar un timbre seguidamente, y al llamamiento se presentó Juana y le entregó la tarjeta diciendo que la enviase á su destino.

Juana fué á retirarse.

—No, espera: tenemos que hablar. Oye, Juana: yo hice por ti cuanto pude, y tú me has pagado con lo que para mí puede ser más grande: con cariño. Sabes la historia de mi vida, es decir, todas las angustias de mi alma: toma y lee.

Y puso en manos de Juana la carta sin firma que el día antes recibió en presencia de Arturo.

Aquel billete decía:

«Mi noble duquesa: Sin duda echarás de menos á la persona que es, para

ti, la vida. Si quieres verla, te será fácil, si te presentas pasado mañana, después de media noche, en el número dos de la calle de los Angeles: decididamente te esperaremos de doce á dos de la madrugada.»

Cuando Juana concluyó la lectura, no pudo contener esta exclamación:

—¡Será posible, señora!

—¡Ah! Tus palabras alientan una esperanza en mí, porque has tenido el pensamiento que yo. Paréceme que esta noche he de encontrar á mi hija, cesando de una vez para siempre esta zozobra que el corazón me aniquila; porque, no hay duda, debe ser para hablarme de ella. Me citan á este punto que desconozco, pero yo sabré dar con él.

—Y ¿no será esto una emboscada que tiendan á V., señora?—preguntó Juana.

—Y ¿de quién? Ni tengo enemigos, ni los he tenido nunca, ni he dado lugar tampoco para creármelos.

Y dijo Angela esto con una expresión tal de agonía, al pensamiento de que pudiera ser ilusoria la esperanza que concibió de encontrar á su hija, que Juana no tuvo fuerzas para replicar.

Por otra parte, la doncella sabía que Angela llevaba razón en lo de que jamás había obrado para captarse enemistad alguna. ¡Pobre Angela! ¡No sabía, no podía comprender que al enemigo más grande que en la existencia hay que combatir es al envidioso!

—Bueno,—exclamó Juana;—es preciso acudir á donde esta carta dice, pero yo acompañaré á la señora duquesa.

—¡Imposible!—exclamó Angela. Y al mismo tiempo la enseñó la carta de Carlos.

Leyó Juana, y miró después, asombrada, á su señora.

—¡Pero esto es raro! Una de dos: ó el marqués tiene conocimiento de esta carta y trata de cortar mi salida, ó es cierto que ha de decirme alguna cosa importante.

—Lo primero es más fácil, aunque no lo comprendo.

—¿Y lo segundo?

—Me parece más extraño, por cuanto que, si tiene que hablar alguna cosa de interés con V., no es verosímil que ponga tantas horas por medio, aguardando casualmente la misma en que este billete señala.

Angela quedó pensativa.

—De un modo ó de otro,—exclamó al fin,—oye lo que pienso hacer. Tú te quedarás en casa: si el marqués viniese antes de la hora señalada, le entretienes; te vales de todos los medios que te ocurran, de todos, menos cer-

ciorarle de que no estoy en casa, aunque lo pueda sospechar.

—Pero girá V. sola?

—No: esa carta que tienes en la mano es para Arturito: ya sabes á quien me refiero.

Juana miró á su señora, confundida.

Pero Angela prosiguió:

—Presintiendo algo de lo que iba á suceder, aunque estaba muy lejos de figurarme que fuera esto, al recibir la carta anónima, dije á ese joven que viniera esta madrugada á las dos.

—Pero, señora...

—En la carta anónima, como has visto, puedo presentarme en el hueco que media desde las doce á las dos. Pues bien: ahí le digo á Arturo que venga á las doce. Me acompaña él, y seguramente estaré de vuelta primero que venga Carlos.

Juana hizo un movimiento de contradicción.

Pero había tomado la duquesita su partido, y nada era ya bastante para doblegar aquella voluntad de hierro. No se mostró contrariada por el movimiento de su doncella: le suponía muy poco.

—Ya lo sabes,—exclamó;—tú te quedarás aquí: es preciso que así sea, para que abras al marqués, si viene, y para que estés al cuidado cuando yo vuelva.

Juana no pudo contenerse.

—Pero, y bien, señora,—exclamó asustada;—¿va V. á acompañarse de ese hombre? ¿No comprende V. el resultado que esta locura puede tener?

—Mira, Juana,—exclamó Angela, contemplando profundamente á su doncella;—en las grandes empresas es preciso exponer algo. La mía de esta noche, será una esperanza loca, pero es la de encontrar á mi hija: ¿lo entiendes Juana? ¡Mi hija! Y para conseguir em-

presa de tal índole, creo yo que hasta puede exponerse sin cuidado la pérdida del corazón mismo. En medio de la pena silenciosa que me mata, he creído ver un reflejo misterioso, una luz emanada de los ojos de mi hija. Si yo no pongo en este instante todos los medios para llegar á esa luz y anegarme en sus resplandores divinos, aunque me sirva de senda el corazón porque lo vaya pisando, eso sí que sería la locura, la verdadera locura. ¿Qué importan las fibras del corazón rotas, si sus dedazos, unidos con lágrimas, son la escala para subir al cielo? Di ahora lo que te parezca, piensa como se te antoje; que ni tus palabras ni tu pensamiento pueden ser obstáculo para detenerme. ¡Qué entiendes tú de grandeza de alma, sin tener un hijo! Vete.

Juana obedecía ya sin replicar; pero, al ver Ángela en medio de su exaltación, el semblante triste y

las lágrimas que aparecían en sus ojos,

—No, espera,—prosiguió;—quiero, sin embargo, decirte una palabra más; quiero tranquilizarte, exponiéndote un pensamiento que no te hubiera ocurrido, sin duda: ese joven Arturito es un mentecato.

A estas palabras hizo la doncella prontamente un ademán afirmativo.

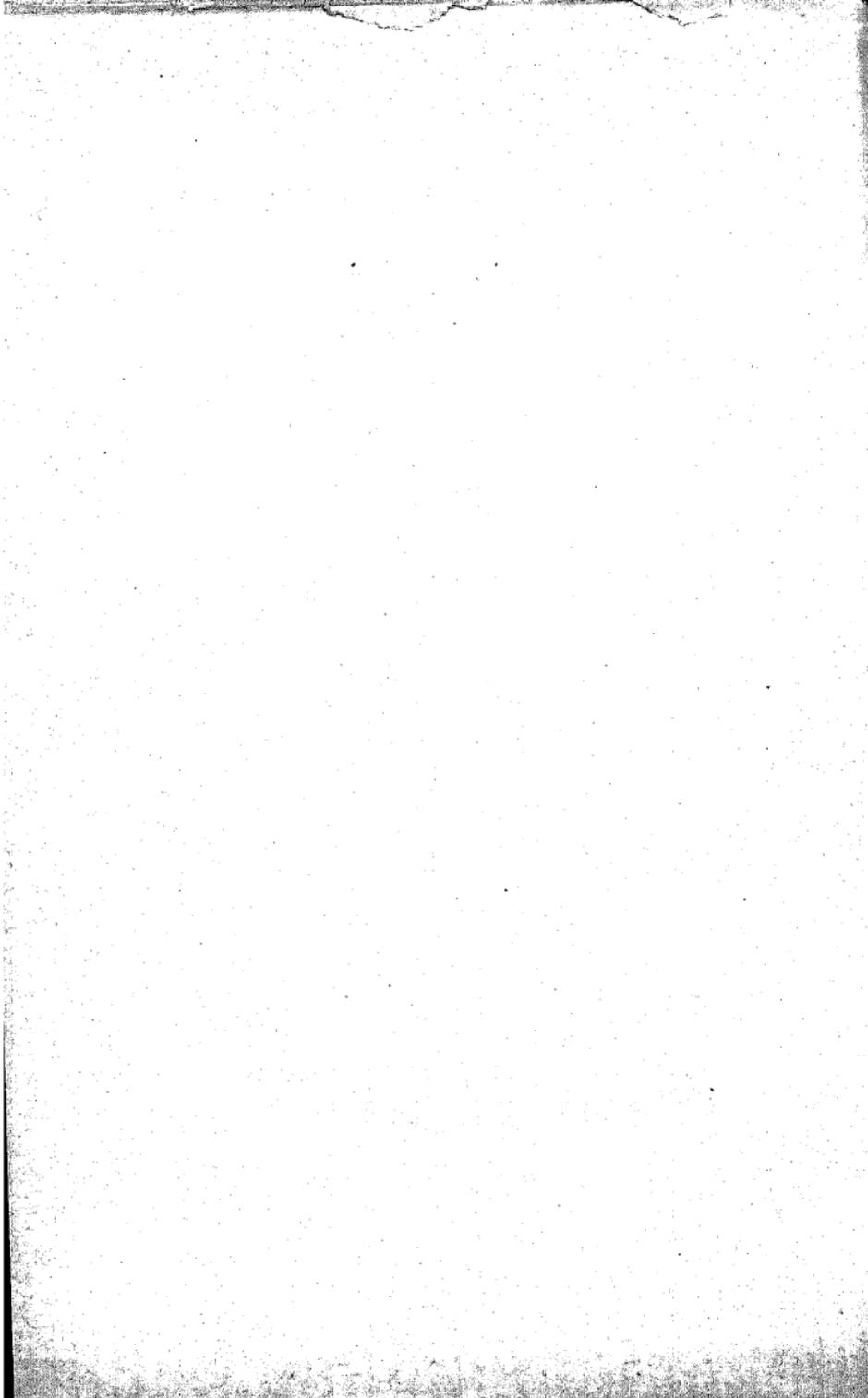
—Bueno: con un pretexto cualquiera, le haré que venga conmigo. Es lo mismo que si fuera sola, pero, al menos, ocupa el puesto que puede ocupar otro hombre cualquiera. De igual modo me valdré para que no sospeche siquiera el objeto de mi salida. Todo esto le parecerá luego un sueño; y si no le parece, que diga entonces lo que quiera, que murmure: mi secreto será secreto siempre. ¡Cómo ha de creer nadie que la duquesa Ángela pueda salir, á media noche, de aventuras con un hombre, y

mucho menos con un estúpido semejante!

La duquesa trató de sonreír al pronunciar las últimas palabras, y contemplando tristemente á su señora, decíase Juana en tanto:

—Hay mujeres que parecen demonios y son ángeles: esta mujer es ángel, y yo no sé por qué se me figura que ha de ser mártir.







## IX

**A** todo esto, Carlos se preguntaba: —Y ¿cómo se habrá valido para no faltar á una ni á otra cita? Por que es indudable que su deseo de hablar con Arturo no quedará quebrantado por esto de que me permita hablar con ella á la misma hora. Ángela tiene interés en que yo no me entere de esa conferencia, y el objeto principal que se propone con acceder á mi cita, es que yo no tenga conocimiento de la otra.

Esto lo decía Carlos á las once y media de la noche, en que se debía ve-

rificar una cita que con tanta ansiedad y tan diferentes sentimientos era esperada por Ángela, Carlos, Juana, Arturito, el barón y los amigos de éste.

Al reflexionar de aquel modo, avanzaba el marqués con dirección al palacio de Ángela, levantado hasta los ojos, casi, el enorme cuello de su gabán forrado de pieles. Tan abstraído iba en aquel pensamiento, que no hizo reparo en otro hombre que avanzaba en dirección contraria á la suya. No fué esto lo mejor, sino que el otro, indudablemente, tampoco reparó en el marqués, puesto que siguieron avanzando los dos precipitadamente.

Resultó lo que había de resultar: un encuentro y un testarazo. El marqués más fuerte que el otro, por lo visto, resistió el choque; pero el otro fué á parar á algunos pasos de distancia.

—¡Ahl Dispense V.,—dijo el marqués, políticamente, siguiendo su cami-

no. El otro, ni contestó siquiera, pero Carlos no se dió por ofendido.

—Vamos,—murmuró satisfecho;—la fortuna me protege esta noche.

Avanzó algunos pasos más, y, volviendo atrás luego, se puso recatadamente en seguimiento del hombre con quien había tropezado. Aquel hombre era Arturo.

Entraba Arturito en los cafés, sentábase, se levantaba al momento: al marqués le parecía muy excitado. Trascurrieron de este modo veinte minutos. El marqués notó entonces que el pequeño seguía ya la dirección de la casa de Ángela.

Efectivamente: las doce en punto eran cuando, seguido de su espía, rodeaba Arturo la casa, deteniéndose ante la puerta del jardín.

Apenas llegó Arturo, se abrió la puerta y salió una mujer que se cogió á su brazo.

—Pero ¿qué es esto?—se preguntó Carlos con asombro.

No se podía equivocar: había reconocido á la duquesita en la mujer aquella.

Ángela sentía temblar en su brazo el de Arturito, y éste sentía temblar el de Ángela.

—La calle de los Ángeles ¿dónde está?—preguntó la duquesa.

Arturito la miró atónito, pero no vió nada. ¿Por qué le había hecho Ángela aquella pregunta?

El muy pillo tenía conocimiento de que la tal calle de los Ángeles era habitada en su totalidad por demonios; esos demonios de mujeres desdichadas, plaga social y todo, pero que viven honradamente de su trabajo.

—Y V. ¿para qué...?—se atrevió á preguntar.

—¿Dónde está? Guíe V. hacia ella, —repitió lacónicamente Ángela.

Llegaron: Arturito, sin poderlo remediar, se detuvo un instante, y Angela sintió en el corazón un peso enorme.

Carlos ahogó un grito de rabia. Avanzó rápidamente algunos pasos, como si quisiera arrancar de aquellos sitios á la mujer honrada; pero se detuvo.

—¡Ah!—murmuró con agonía ¡La infame!

—¡Acabemos!—exclamó Angela, sofocada.

Siguieron los dos. Angela buscó con dificultad el número de la casa señalado en el anónimo. Llamó á la puerta. Arturito estaba aterrado.

—Pero ¿qué es lo que V. pretende, duquesa?—preguntó, tembloroso.

—Es muy sencillo: distribuir unas limosnas que me recomendaron; y quiero hacerlo por mí misma para convencerme de si la necesidad es

verdadera. V. me esperará sin entrar.

Á Arturito lo partió un rayo, es decir, quedó como si lo hubiera partido: tal fué el asombro y la decepción, al mismo tiempo, que le causaron aquellas palabras. Abrieron entonces la puerta, Angela desapareció en la oscuridad, y Arturo quedó en la sombra formada por el hueco, de tal manera que no podía ser visto por algunos hombres que acechaban en el otro extremo de la calle. Eran el amable barón y sus alegres amigos.

—¿Os convencisteis?—Preguntaba el barón, en voz baja, al que más cerca tenía.

—Barón,—le contestó aquél;—dudar de esa mujer es dudar de lo existente, humano y divino. ¡Qué quieres que yo te diga! Aun no lo creo. Y, la verdad sea dicha, no podemos afirmarlo: ninguno de nosotros ha visto esta noche la cara de la mujer que ha entrado en

ese garito, ni la del hombre tampoco: no podemos afirmar, por lo tanto, que sean ellos. ¡Tiento con la reputación de una mujer, amigos, y de una mujer como esa! ¡Puede costar mucha sangre!

—Es verdad,—afirmaron todos.

—¡Qué!—exclamó el barón, irritado. ¿Queréis verla ahora mismo? Podemos hacerlo sin temor. Á Arturo le conocéis á fondo: no es temible. Veremos el rostro á esa mujer: os lo afirmo.

Avanzó con ellos sigilosamente, aproximándose al umbral de la puerta, donde Arturo tiritaba de frío y de miedo. Al otro lado de la calle, es decir, en la embocadura por donde Angela y Arturo habían entrado, observaba el marqués, con el corazón oprimido y la mano derecha apretada, convulsa, á la empuñadura de un revólver.

Lo que primeramente oyó Angela fueron unas coplas, y risotadas groseras.

—¿Qué es esto?—murmuró. ¿Habré cometido un disparate? ¿Me habrán tendido un lazo?

Al mismo tiempo que la duquesita entraba, de la habitación baja, de donde partía aquel barullo, se oyó una aguardentosa voz:

—¿Quién es?

—Un tapado,—contestó tranquilamente la que abrió la puerta.

—¡Ah! Me toma por un hombre,—pensó Angela.

—¡Qué! ¿Vienes sola, hija?—exclamó la mujer, dirigiéndose á Angela.

Levantó al mismo tiempo la luz que llevaba, para contemplar á la duquesita, y ésta sintió náuseas terribles al contemplar á su vez una caña de escobón mal liada, en pañolillo despedazado, una cabeza con pelos grises, unos ojos horriblemente entornaditos, el pico de una barba subido hacia la nariz y el pico de una nariz inclinado

hacia la barba, tocándose casi uno con otro como buenos amigos que se dan la mano en misterioso ofrecimiento.

—Vamos, anda. Se conoce que eres novicia; parece que te aturdes; pero ¡hija, si el mundo está para eso!

Angela de Barbastro, la orgullosa hermosura, la divina intachable, por ese instinto del pudor innato en la mujer honrada y buena, comprendió de repente el sitio donde se encontraba: la hervorosa sangre que palpitaba en su cuerpo, afluyó en tropel á sus mejillas, quemándole el rostro, cortándole la respiración, anudándose en su garganta, y presentando ante sus ojos opacas nubes rojas. Todo su orgullo indomable, toda su fiera dignidad, estallaron horribles: le pasó como una ráfaga la idea de abofetear el rostro de aquella miserable; pero sintió asco y vergüenza de tocarla con sus manos. No habló una palabra, pero la

vieja se replegó, temblando. Angela se abalanzó á la puerta como en precipitada fuga. Y era cierto: era la vergüenza que huía del ultraje. Lastimándose las delicadas manos, abrió ella misma nerviosamente y salió espantada.

Aproximábase entonces el barón con sus amigos.

Al oír Arturo girar la llave en la cerradura, dió un salto y se plantó en la corriente, pareciendo el muñequín empujado por el resorte de una caja de sorpresa.

Salió inmediatamente Angela y, como antes no pudieron notar al joven, el marqués por un lado, lo mismo que el barón y sus compañeros por otro, creyeron que Arturo salía con la duquesa. Carlos delante, la duquesa y Arturo detrás, y seguidamente el barón y sus amigos, salieron presurosos de la calle de los Angeles. Al salir de

la calleja, quedó atrás el marqués. Pasaba Angela con Arturo bajo un reverbero que iluminaba aquel sitio, cuando sintió de repente que le desgarraron de un tirón el velo, descubriéndole el rostro. Un grito de fiera herida se escapó de la garganta de la duquesa. Arturo soltó su brazo, y arrancó en precipitada fuga.

El barón, que fué quién rompió el velo, dijo á sus amigos, bufonamente:

—¿Lo veis?

Nadie contestó: la habían reconocido.

Angela sintió una impresión así, como si la escupieran al rostro. Temblaba de cólera y de vergüenza: los ojos se le inyectaban de sangre. Había reconocido al barón, y con esto se lo explicó todo.

Rodeaban á la mujer, y confusión grandísima reinó de pronto entre ellos: oyóse un ruido sordo, gritos después,

maldiciones, carreras precipitadas, una detonación, otra luego y desaparecieron todos.

—¡Ah!—exclamó Angela, llorando de gratitud.—Creí que Arturo me abandonaba, y era para defenderme. ¡Pobre niño!

Allá á lo lejos, oíanse voces:

—¡Serenos! ¡Guardias!

Un hombre se aproximó rápidamente á la duquesa, la dió el brazo y se alejaron con la misma precipitación.

Angela creyó que era Arturo: no se fijó en nada, pensando en el marqués. ¡Quién sabe si ya la esperaba!

—¡Oh, Dios mío! ¡Es la deshonra!—dijo en callado lamento, mientras avanzaban.—¡Es la deshonra! ¡Y después, Carlos, mi Carlos de mi alma, que me despreciará!

Sentíase próximo rumor de pasos y voces de los vigilantes. Angela y el compañero, llegaron en esto al postigo

del jardín. La puerta se abrió inmediatamente, y Angela, sin darse cuenta de sus palabras, prosiguió angustiada:

—¡Dios mío, si Carlos lo supiera!

El hombre exclamó en aquel punto, sombríamente:

—Entre V., Carlos lo sabe todo.

Angela oyó la voz aquella. ¡Qué ansiedad, qué angustia, qué sorpresa, qué dolor más supremo! Era Carlos quien hablaba. Sintió roncós estertores, como si en inmensas oleadas rugiera la sangre en el pecho: quedó muda, pálida, jadeante, con el vello erizado, espantados los ojos, la nariz dilatada y hundidas las fauces.

Se oían más próximos los pasos y las voces. El marqués empujó á Angela, que rodó por tierra, dentro del jardín, como una estatua volcada.

Entró Carlos, cogió el cuerpo de Angela, y, reuniendo sus fuerzas de convaleciente, con ayuda de la doncella, que

veía aquello con terror silencioso, la apartó de allí para que se pudiese cerrar el postigo. Esperó algunos instantes, atento: oyéronse voces en la calle y pasaron los que corrían. Carlos esperó más: el silencio de la calle no fué otra vez interrumpido: abrió la puerta entonces con recato, salió sin decir una palabra y cerró tras sí.

Cinco días tuvo que guardar cama la duquesa. Mientras estuvo en cama, no permitió á nadie, la doncella, llegar hasta el lecho de la que sufría maceraciones y angustias del corazón.

Se levantó á las once del día sexto. Ni Angela ni la doncella habían desplegado los labios. De pronto, Angela miró profundamente á la otra.

Debió ser una pregunta aquella mirada, porque Juana se apresuró á contestar:

—No, señora: tampoco ha venido.  
Pasaron dos horas y Angela parecía

sumergida en extraño aletargamiento: La hizo estremecer un fuerte campanillazo que retumbó en todas las habitaciones del edificio.

—Ve lo que ocurre, Juana.

No pronunció una frase ésta, y abandonó aquel sitio. Sin embargo, de lo que ocurría ya estaban enteradas las dos.

—El señor marqués,—dijo la doncella, entrando.

—Aquí, que venga aquí, lejos de todo el mundo y solos. ¿Has oído, Juana? Es preciso que esto concluya.

Pareció á la doncella que su señora deliraba. Se alejó del gabinete, y á poco entró Carlos. Se detuvo un instante en la puerta para contemplar á la duquesa.— ¡Qué hermosísima!— pensó.— ¡Qué hermosísima y qué desgraciada! ¿Cómo empezar y quién lo haría?

Empezó el marqués: con sonrisa plácida, alargó una mano á la duquesa,

se la estrechó con suavidad, se dejó caer indolentemente en el extremo de un sofá, allí, cerca de la mujer encantadora.

Angela hacía poderosos esfuerzos por aparecer serena.

—No,—dijo Carlos;—no debe V. turbarse, y no crea tampoco que mi lenguaje de ahora es para ultrajarla.

—Ya lo sé,—respondió Angela dignamente.

—¿Lo sabe V.?

—Sí, V. no ultraja: no sería caballero entonces.

—Bien: eso llevo ganado, y Dios quiera que al final de nuestra entrevista piense del mismo modo mi amable duquesa. ¿Me esperaba V.?

—Sí. Necesitaba oírle para conocer hasta dónde había ya desmerecido á sus ojos.

Y los labios de Angela, al hablar

ella así, hicieron una contracción de sonrisa que resultó dolorosa.

—No hablemos ahora de merecimientos. No: ahora es imposible. Es preciso, ante todo, que oiga V. una historia que será muy breve: cuatro palabras nada más.

—¡Una historia!

—Me parece que tiembla V., Angela. ¿Se pone V. peor? Entonces lo dejaremos: no es urgente.

—Hable V. No: es impaciencia lo que tengo.

—Una noche, la noche del baile, al retirarse del lado de mi lecho, se olvidó V. de encajar la puerta que daba á su dormitorio: lo recuerdo perfectamente. Quedé dormido, desperté muy de madrugada, mi lecho estaba frente á la puerta, y contemplaba sin esfuerzo alguno el espejo, y lo confieso, Angela: sentí como si el corazón se me volcara, y calentura y frío al mismo tiempo: su

lecho de V. estaba enfrente del espejo, allí, copiándola como siempre. ¿Me oye V. Angela? Y yo estaba mirando el espejo.

—¡Dios mío!—exclamó la duquesa, ocultando el rostro entre sus manos.—Es mi vergüenza, es mi castigo.—Sentía horribles golpes en las sienes, y, arrebatada y palpitante, oía á Carlos sin atreverse á mirarle.

—¿Qué vi?—prosiguió el marqués.—Viel cuerpo de una mujer agitarse en el lecho, desesperada por el insomnio: á la mujer divina que me tenía orgulloso con el amor suyo, que yo presentía buscando á la par el obstáculo que comprendí se interponía entre nosotros dos, para combatirlo y hacerla feliz. Vi sus lágrimas por vez primera. Pasó tiempo: se levantó sin que por fortuna, ó por desgracia, se hubiese fijado en el espejo para advertir que yo la miraba. Confieso que fui mal caba-

llero solamente con pensar que no pude desde mi cama dar á V. aviso de que la estaba mirando; pero juro también, por mi honor, que no caí en ello.

—¡Bastal—gritó Angela, palpitante de rubor y de angustial—¡Bastal ¡Eso es infame!

Hubo una pausa triste: el marqués miraba compasivo á la divina pecadora.

Angela levantó la cabeza dignamente. Miró á Carlos á través de un velo de lágrimas, y exclamó con dulce tristeza:

—¡Ay, Carlos! Bien hacía V. al pedir á Dios que al terminar esta entrevista no hubiese dejado de creerle un caballero. No ha sido antes: ha sido ya. Me recuerda las ligerezas que yo he cometido, mi extraño modo de ser honrada oponiéndome á satisfacer sus caprichos y dejando á V. abierta de

par en par la entrada de mi alcoba. Esa es una locura que debo expiar solamente con ver que V. me la recuerda hoy, autorizado por lo que la otra noche viera en mí de infame. Pero no; quiero hablar, quiero decirlo todo, empecé abrumada, pero es imposible: mi carácter indómito se sobrepone: no puedo consentir que se tome por infamia lo que es desventura...

—Antes yo,—exclamó Carlos interrumpiéndola.—Se encuentra V. equivocada: ni he terminado todavía, ni he comenzado mi papel de infame: aún soy caballero: he recordado á V. ciertos detalles para concluir diciéndole lo que antes no le dije por respeto á la desgracia; porque amo á V. á pesar de todo; porque la deseo siempre, y me contenía aunque estaba desesperado. Pero ya no: ahora empiezo; ya soy un miserable. Atención, duquesa. Yo amaba á V. con lo

cura, pero la amaba noble y santamente, para darla mi nombre y mi vida. Hallé luego en V. una mujer pecadora, y la seguí amando y sufriendo. Para convencerme y probar si fué V. desgraciada ó infame, la atacué rudamente con un amor material. Por cada negativa suya sentí yo un consuelo, y por cada desaire una progresión en mi cariño. Pero después, la otra noche, vi á la mujer aventurera ya y prostituída en el fango de las calles. Se ennegreció mi alma: murió mi cariño: era ya imposible todo: la dulce sorpresa que tenía á V. preparada, también imposible: Angela Coronel no es digna de estampar sus labios en la frente pura de Elena.

—¡Mi Elenal—gritó Angela desgrazadamente. ¡Hija de mi alma! Y ¿usted, usted...?

—Sí: D. Armando mató al amante y Vds. huyeron. Al huir, su padre de V.

dejó la niña como legado al mío. Yo fui después el encargado de buscar á la madre para devolvérsela, pero no se la devuelvo.

Angela le contempló horrorizada.

—¿Que no me la devuelve?—repitió extrañamente.

—He dicho mal: será á V. devuelta su hija con una condición.

Segúiale contemplando Angela como enajenada.

—Para que yo le entregue á su hija, es preciso que obtenga, en pago, lo que tanto tiempo esperé que me diera sin interés ninguno: el amor brutal que antes yo fingía, es ya verdadero. Su hija de V. á cambio del amor que ansio: vida por vida: la realización de sus sueños por la realización de los míos.

Y Carlos, al decir esto, contemplaba sombríamente á la duquesa.

—Y ¿si no?

—Entonces... Pero no: será ahora, ó

más tarde: yo haré que sea: tengo mucha confianza en mí mismo.

—Más la tengo yo en mí todavía.

—La hermosa duquesita, la de acrisolada virtud, la divina intachable, como por ahí la llamaban, no querrá deshonrar á su hija como se deshonró ella.

—Pero ¿qué dice V., Dios mío!

—¡Pobre duquesa! Bien se comprende el tiempo que ha estado V. sin comunicarse con nadie, cuando tan poco al corriente está de lo que pasa. Es triste, pero es cierto: se habla misteriosamente, en los altos círculos, de una aventura escandalosa, y se murmura mucho de una duquesita que era el asombro de Madrid entero por sus santas virtudes, comentándose que haya dado un desengaño terrible por haber sido sorprendida, al mediar de una noche, cuando salía de cierta casa de la calle de los Angeles con un afor-

tunado joven, muy conocido de todos por sus cualidades sobresalientes.

—¡Ah, Dios mío!—gritó la duquesa. Y se retorció las muñecas desesperadamente. La sangre encendida, le daba golpes violentos en las sienes, y el corazón parecía subírsele á la garganta. Miró á todas partes con principio de vértigo. Tenía los labios secos, le brillaban los ojos, y ardía todo su cuerpo devorado por la calentura.

De pronto se levantó arrebatada, y, vertiendo lágrimas ardientes, cayó de rodillas á los pies de Carlos.

—No,—dijo, como en torbellino desbordado;—no: ya no me importa nada, ni mis locuras ni mis martirios; ya han terminado. Tú me condenas, pero al mismo tiempo me absuelves. Deja que delirante te lo diga todo, deja que termine para mí este suplicio enorme que tritura el cuerpo y me aniquila el espíritu: tiempo tendré de callar des-

pués. Óyeme, por Dios, Carlos de mi alma. Tú no te has equivocado nunca. ¡Yo te amo! ¡Yo te adoro! Hace dos años que vengo sosteniendo contigo una lucha de muerte; y no cedía, por eso, porque te adoraba, porque eras mi delirio, porque éras mi ansiedad; y yo soy egoísta: comprendiendo tu amor temía por que muriese apenas empezado. Además, y esto es lo más grande, mírame: ¿no me contemplas á tus pies de rodillas?

Yo tenía repugnancia de engañarte: yo no podía consentir que me enamoraras sin que supieses el secreto de mi pena; pero, al mismo tiempo, ¡ay, Carlos! ¿y tu desprecio cuando la conocieras? No me atrevía á decírtelo, y menos á engañarte. ¡No me rechaces, por Dios! ¡Mira que me desespero! ¡Mira que me ahogo! Oye: después de reir á tu lado como una loca, lloraba en silencio; porque yo, la débil que no

supo resistir los brazos de un hombre ó no pudo matarse luego, la prostituída, la impura, soñaba con tu amor, dulce, rendido, lleno de suavidades, hermoso, noble, vivificador. ¡Qué contraste y qué delirio! Además, otra lucha gigante, otra lucha horrible: ¡mi hija! ¿Dónde estaba? ¿Cómo encontrarla? ¿Qué hacer para tenerla á mi lado y gozar y sufrir con ella? ¿Viviría? ¿Cómo saberlo? Buscábala con desesperacion, muriéndome, á la par, de vergüenza y de locura al pensamiento solo de que llegaras á sospechar mi culpa, tantos años llorada y tan inocentemente cometida; ¡mi falta, que te oculté con tales angustias! ¡Y ya lo sabías! ¡Y tenías á mi hija en tu poder! ¡Y tu me lo revelas!... Sigue oyendo más: un poco y ya termino. Ese infame barón Ormedo deseaba vengarse de mí: me envió un anónimo citándome de doce á dos de la madrugada en

ese lupanar de la calle de los Angeles, si quería ver á una persona muy querida de mi corazón. Yo no conocía ni esa calle ni esa casa; no lo juro: te ofendería pensando que tú lo pudieras dudar: yo no conocía esa casa, y pensé en mi hija. Indudablemente era ella: ¡ella! Lo olvidé todo: hasta me desentendí de los prudentes consejos de Juana. Ella no podía acompañarme: tenía que quedarse por si tú venías; y escogí á Arturo para que me acompañase, porque su misma ignorancia me ayudaría á manejarlo á mi antojo. Pero él no entró conmigo, no: esperó en la puerta. Yo le dije que iba á hacer una limosna que me recomendaron. Lo demás ya lo sabes. Ese canalla de barón me preparó una red: me ha deshonrado, me ha perdido, porque desprecié sus ofertas amorosas. ¡Pero no le hace, Carlos de mi alma! ¡Yo te adoro! ¡No me desprecies!

Parecía á Carlos haber estado muerto y que fué resucitando lentamente al oír las palabras de Angela. ¡Conque no era lo culpable que parecía! ¡Conque, bajo aquella capa de frivolidad de la brillante existencia de la duquesita Angela, había una eterna inmensidad de martirios! Y era cierto, era verdad: estaba deshonrada y perdida. ¿De qué modo combatir aquel espantoso ultraje que caía sobre la frente de la pobre mujer amada? ¡Ay! Carlos quería combatirse á sí mismo para no adorar á aquella mujer. Pero no: imposible: estaba allí, la altiva, la desdeñosa, suplicante, humilde, abrasada de amores y de sentimiento, sin acordarse de lo que para ella fué siempre más que la vida: de su reputación; su reputación, que andaba ya á jirones por el suelo. Aquellos miserables amigos del barón, y el barón mismo, contaron el suceso en todas partes:

«que había sido sorprendida la bella, la digna duquesita Angela, en el último de los lupanares, con el niño almibarado.» Era lo monstruoso de la asquerosidad.

Angela esperaba angustiada.

Levantóse Carlos, de repente, encaminándose á la puerta.

Angela se abrazó á sus rodillas espantada.

—¡Qué!—interrogó.—¿Ni una palabra siquiera?

No contestó él, y la rechazó brutalmente.

La rabia que sentía de no poder despreciarla, dábale fuerzas para llegar al ultraje, rindiéndola adoración al mismo tiempo. El cariño de Carlos por Angela lo avasallaba todo; pero, recordando la historia pasada de la mujer, luchaba por no rendirse; más aún: por no parecer rendido.

De rodillas como estaba, dejó caer

Angela la cabeza en el sofá y estalló en sollozos.

Se detuvo Carlos, la contempló un momento, quiso abrazarla, desistió, sacó una cartera del bolsillo, de la cartera un papel doblado, escribió en una tarjeta dos ó tres renglones, y el papel y la tarjeta los arrojó en la falda de Angela, saliendo luego. Él pensaba:—Lo que le escribo en ese papel es la última prueba.

Cuando salió Carlos, entró Juana en el gabinete. Hizo Angela un violento esfuerzo, é incorporándose, se sentó en el sofá. Á través de sus lágrimas vió el papel y la tarjeta en el suelo.

Leyó ávidamente la tarjeta, y tomó su rostro una expresión de fiereza sombría.

—Pero este hombre,—exclamó desesperada,— ha de ser mi muerte. No, no será esto nunca: no seré suya de este modo, aunque sea yo tan des-

preciable que no le aborrezca desde hoy tanto como hasta aquí le amé; aunque me desespere, aunque me abra-se por el amor suyo.

En la tarjeta había leído:

«Dos días doy de término: si en ese tiempo no se decide por lo que propongo, cumpliré todo lo que ofrecí, y más que V. no sospecha. La noche que se cumpla el plazo fijado, espero que tenga V. la bondad de recibirme.»

Desdobló Angela el otro papel, y vió que era una invitación á un baile que daban en la noche siguiente los condes de Muro, tíos de Carlos. Aquella invitación estaba puesta á nombre de Angela.

La duquesa miró el papel, y luego á Juana, como si quisiera interrogarle.

La doncella tenía lástima de ver las lágrimas de aquella mujer tan orgullosa y tan desgraciada al mismo tiempo.

—Es preciso que lo sepa V. todo,—  
exclamó rudamente.

—Pero ¿se relaciona con esto?—  
Y le mostró el papel.—¿Nuevas angustias, Juana? Acaba de explicarte.

—Durante la semana han ocurrido muchas cosas. Todo Madrid estaba enterado del suceso, pero desfiguradísimo, como es de suponer, y en contra de V., señora. No es eso sólo. Hay más.

La duquesa, escuchaba temblando convulsivamente.

—Las mejores amigas de la señora duquesa, han afirmado que no será V. invitada á sus salones, ni recibida en sus casas tampoco.

La sangre quiso brotar de las mejillas de Angela; tal vergüenza sintió.

La doncella lloraba al hablar. Se enjugó las lágrimas, y siguió con dulzura:

—No debe V. desalentarse, no: el

señor marqués me parece que trata de combatir el grave peligro que á V. amenaza. Yo no lo sé, pero él tiene mucho talento.

—¡El! ¡Miserable!—murmuró Angela, llorando también silenciosamente. —Es el peor, el más encarnizado de mis enemigos.

Juana parecía no escuchar.

—Esa invitación,—prosiguió,—la obtendría de sus tíos para que V. vaya. ¡Quién sabe lo que pretende hacer! Haga V. un poderoso esfuerzo, señora. Domine V. el dolor que la acongoja.

—Pero ¿y si después de tan terrible prueba recibo algun desaire? ¿Y si tratan de humillarme con nuevos sonrojos?

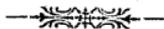
—Imposible, señora; ó así lo creo yo al menos. Los tíos del señor marqués se habrán llevado por las apariencias. Esas apariencias condenan á V., por desgracia; el señor marqués ha

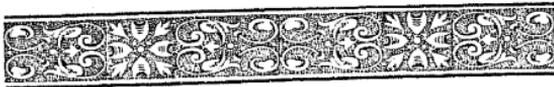
tenido allí más confianza que en otra parte, para hacer que la inviten; no ir, creo yo que parecería miedo, es decir, que los que aun duden, por que verdaderamente la amaban, acabarán por estar seguros de que es cierto todo cuanto de V. se dice.

La duquesa estaba ya medio convencida de que debía arrostrar toda clase de sufrimientos, por aceptar la invitación.

—Y, sobre todo,—prosiguió Juana, mirando profundamente á la duquesita, como si adivinase de antemano la impresión que sus palabras le fueran á causar,— el señor barón de Ormedo estará allí.

Ángela se estremeció violentamente, y una ráfaga de locura pareció iluminar sus ojos ardientes de cólera, al recuerdo evocado por Juan.





## X

**A**H, barón! ¡Ah, demonte de barón! Déjame; no me recuerdes esa aventura; me has hecho desgraciado; debí castigarte como merecías por tu insolencia de haberte presentado con los otros, cuando iba yo de aventuras con mi conquista; pero somos amigos ¡qué diablos! y vale más para mí la amistad de uno de nosotros, que todas las mujeres.

Y mientras Arturo hablaba de este modo, montábase con dificultad los quevedos para acestar la brillante mirada de sus ojitos sobre tal ó cual gru-

po de las chicas guapas que concurrieron la noche de que me ocupó á la fiesta de los condes de Muro.

El barón y Arturito estaban rodeados por algunos jóvenes, aquellos mismos que acompañaron al barón en la célebre aventura de la calle de los Ángeles.

—Pero, vamos á ver. Dime, Arturo y á qué obedeció tu súbita retirada del lado de la duquesa.

—Es muy sencillo,—contestó Arturito, pavoneándose y poniéndose muy colorado á la vez. Soy caballero ante todo, ¿lo entiendes? y no podía permitir que mi presencia, allí, comprometiera la reputación de una mujer.

Todos se echaron á reír. No había más talento para ser estúpido, ni más valor para defender la cobardía, ni más acento de verdad para ser embustero.

La fiesta se animaba por instantes;

había, además, cierta extraña espectación en todos los concurrentes, no hablándose de otra cosa que de los fingidos pudores de la bella duquesita; de su talento discutible; de sus atractivos físicos, tan decantados, como dificultosos; y si había un alma generosa que la defendiera, era anonadada, confundida, no se discutía con ella: se la miraba con asombro...

Se comentaba acaloradamente la conducta de la duquesita, que había dado lugar á tan grande escándalo. Si lo hubiera hecho con más disimulo, al menos, podría perdonársela, pero no, imposible. ¡Qué osadía! ¡Qué cinismo! Era lo último que se podía ver en una aventurera: acompañarse á media noche por misteriosos desconocidos, armados de pistola, para dispararlas sobre el primero que se acercase: habían herido á dos amigos del barón, y eran tantos los que guardaban la espalda de

la duquesita, que tuvo que huir el barón con todos sus amigos. Era terrible, era monstruoso. Y la Justicia ni siquiera se había tomado la molestia de hacer una pregunta á la Mesalina con ornamentos de santidad; á la impúdica que, con sus sonrisas de promesas y sus talegones de oro, era capaz de revolver el mundo.

Se sabe, pues, el partido que el bueno del barón había sacado de la emboscada que preparó á la pobre Angela.

Carlos, iba de un lado para otro, entre la multitud; parecía inquieto, y no apartaba los ojos de la puerta del salón.

—¿Vendrá? — preguntábase muy conmovido.

Oía las conversaciones referentes al asunto de la de San Ginés, y hacía esfuerzos muy grandes por contenerse; en una ocasión pasaba junto al grupo

formado por Arturito, el barón y sus camaradas. Oyó algunas frases, y dedujo por ellas que no fué conocido la noche que tan oportunamente acudió en defensa de Angela.

Quedó escuchando más; el barón decía en aquel instante:

—Desengañaos: la duquesita se hundió para siempre con todo su partido. La estrella se ha eclipsado. Pero no hay que echar de menos sus resplandores; por una estrella que se apaga, otras mil resplandecen en el cielo.

Ante aquella oración fúnebre por la honra de Angela, Arturito se retorció el bigote presuntuosamente.

¡Qué bien había empezado su carrera, con el derrumbamiento de Angela! En adelante, sería un león de la moda. ¡Qué estirador era aquello! ¡Qué inmensamente estirador!

—Yo creo,—dijo uno, moviendo la

cabeza,—que la duquesita no está tan eclipsada.

Le miró Ormedo bondadosamente, y exclamó después:—Señores: siento mucho decíroslo. Todos los salones de la sociedad madrileña están cerrados para la duquesa Angela.

Un criado gritó en aquel instante, para anunciar:

—La excelentísima señora duquesa viuda de San Ginés.

Reinó un silencio de muerte.

Todas las miradas se fijaron en la puerta; los dueños de la casa se apresuraron á llegar hasta la duquesita: entró, como siempre, feliz, arrebatada, con sonrisa de cielo, deslumbrante de hermosura; con la mirada de los hermosos ojos, serena, impregnada de majestad y respirando toda la magia indescriptible, el encanto misterioso que la hacía tan superior á los que la envidiaban.

Saludó á los tíos de Carlos, que le felicitaron por su restablecimiento; ella contestó serena y dirigiendo sonrisas y saludos á todas partes; sonrisas y saludos á los que no había otro remedio que contestar: lo mandaba así el fluido magnético que parecía despedir la ardiente mirada de los ojos de Angela; hubo un momento en que ésta se encontró en medio del salón y estuvo á punto de echarse á reír desdeñosamente.

Pasaba el tiempo; los que conocían á fondo la aventura de la calle de los Angeles, y sabían que el barón fué el promotor de todo, no cesaban de mirar á la duquesa y al barón, que no desmentía su fama de valiente y de atrevido, no cesando en sus conversaciones y sus epigramas punzantes.

Carlos, confundido entre la multitud, observaba en silencio.

—No,---decía;---debo esperar: mi con-

ducta será la que me haga seguir ella.

Sus ojos se animaron de repente: vió que la duquesita seguía la dirección en que se encontraba el grupo que rodeaba á Ormedo.

Carlos estaba agitadísimo, procurando contener, difícilmente, el nervioso temblor que la ansiedad daba á su cuerpo.—Va á encontrarse con el barón,—decía.—¿Será por acaso, ó procura encontrarse con él? Si pasa sin mirarle, sin dirigirle la palabra, si deja las cosas como están, es imposible del todo; renuncio á mis esperanzas, á mi cariño. Angela estará perdida para siempre, y tendré la duda maldita, que aun me corroe las entrañas.

Detúvose de repente en sus reflexiones, y le costó trabajo contener una exclamación de profundo gozo. Angela había llegado y pasaba junto al grupo de jóvenes; iba con la dueña de la casa, de la cual no se había separado.

Uno de ellos, movido de admiración, elogió la hermosura de la duquesa al pasar; y el barón, enteramente despechado, exclamó, de modo que Angela pudiera oírlo:

—Es condición de toda reina destronada, obtener con su hermosura lo que de otro modo perdió.

Le oyó Angela y se dirigió á él prontamente, y dijo, en medio de la general sorpresa, levantando la mano y abofeteándole:

—A los canallas, calumniadores, se contesta así.

El escándalo estaba dado: todos fueron aglomerando al rededor del grupo. El barón, pálido de rabia, dió un paso hacia la duquesita; pero le sujetaron por un brazo, y al volver la cabeza se encontró con el marqués.

—Como no creo que vaya V. á saciar su ira en una señora, y como me pertenece responder por ella, puesto

que está en la casa de mi familia, estoy á las órdenes de V.

Así dijo Carlos; el barón se contuvo y saludó á su vez friamente.

A las tres estaban ya desiertos los salones en que tuvo lugar la brillante fiesta.

Carlos se dirigió apresuradamente á su casa; preguntó por Elena, y se había acostado.

Entró en su cuarto; cerró la puerta y empezó á escribir una carta, cuyo encabezamiento habia puesto á nombre de Elena; al terminarla, dijo:

—Es muy niña Elena, pero muy inteligente. Si muero, que sepa quién es, y quién es su madre: que se reúnan; que sean felices; yo habré muerto por la felicidad de las dos y esa será mi dicha.

Quedó profundamente pensativo.

Recordaba uno por uno todos los detalles de sus extrañas relaciones

con la duquesita; aquellas largas noches de invierno, muchas de las cuales pasó al amor de comfortable chimenea, en el precioso gabinete azul, hasta hora muy avanzada; recordó con triste sonrisa aquellos ojos bellísimos de la duquesa, su rostro alegre, su sonrisa burlona, los giros graciosos de su conversación agradable, llena de seducciones, reveladora de la savia ardiente que producía su cerebro privilegiado; pensaba todo esto, y desesperábase.

Pensó en el desafío que tenía pendiente con el barón, y, sin poder explicárselo, un frío glacial corrió por todo su cuerpo.

—¿Qué? ¿Tendría yo miedo?—se preguntó, echándose á reir. Se echó vestido en el lecho y no durmió nada.

El recuerdo tenaz y doloroso de la duquesa, no se iba de su imaginación; pensaba también en Elena, y ator-

mentábale una idea extraña, un hondo presentimiento de próximos desastres; era aquella idea misteriosa y triste, como un fantasma vago que en oscurísima noche mueve los pliegues del sudario de un espectro.

Se levantó á la hora conveniente para no tardar á la cita, y llamó á su ayuda de cámara, encargándole que entregase á Elena la carta, á las diez.

—Sí, decía.—¿A qué sirve alarmarla sin necesidad? Si salgo bien, tendré tiempo de recoger la carta, antes que la haya recibido.





## XI

**E**L término fijado por Carlos á la duquesita, se había cumplido. Serían las once y media de la noche.

Angela estaba en su mismo gabinete azul.

Hallábase inclinada con abandono en ancha mecedora: las piernas extendidas, y colocados los piés, aquellos piés diminutos y preciosamente calzados, junto á la chimenea, en la que ardían, chisporroteando á veces, secos troncos de encina. El aposento estaba opacamente alumbrado por los reflejos

débiles de una lámpara situada en uno de los extremos, sobre la mesa. Tenía los ojos entornados Angela, y hubiera parecido dormida. Sentía anquilamiento general en todos sus músculos. Quiso mudar de posición y le faltaban las fuerzas para moverse. Tenía los labios secos, el rostro enrojecido, los párpados hinchados; sus ojos hermosísimos, eran manantial fecundo de silenciosas y ardientes lágrimas; lágrimas que parecían empujarse unas á otras, como si para no ahogarse con ellas, el corazón las escupiera violentamente.

Se abrió la puerta de pronto, y apareció Juana.

Angela exclamó, exaltadamente:

—Di lo que sepas, Juana; dílo pronto.

—Nada sabemos todavía, señora; esta tarde aun no había vuelto el señor marqués á su casa.

—Y ¿es cierto lo que esta tarde me dijiste?

—Sí, señora: el duelo era á muerte, y así ha sucedido, puesto que el barón ha muerto.

—Pero ¿es verdad?—La pobre Angela no podía contener el gozo que, en medio de la calentura que la devoraba, henchía en aquel instante su pecho.

—Segurísima, señora.

—Bueno: anda y espera; si viene, será por el jardín.

Salió la doncella, y la duquesita pareció quedar postrada en el anterior alertagamiento.

Trascurrida una hora, se abrió la puerta en silencio, y avanzó Carlos sin que Angela le sintiese.

—¿Se olvida V. de sus amigos, amable duquesa?—exclamó de pronto, inclinándose hasta confundir casi su aliento con el aliento sofocado de la que en silencio lloraba.

Angela se incorporó de repente, y su primera exclamación fué de alegría: estrechó las manos del marqués, le contempló con íntima solicitud cariñosa, é iba, loca de pasión, á arrojarse en sus brazos, cuando pasó, como una ráfaga, por su cerebro, la idea de su conducta, tan contraria al acto generoso de defenderla; al pensar entonces en el objeto de su presencia allí, dejó caer los brazos con abatimiento, sentóse otra vez, volvió la espalda y, ocultando el rostro entre sus manos, luchó violentamente por contener los sollozos.

Carlos la miraba profundamente conmovido; pero dominándose, gracias á un esfuerzo de su voluntad poderosa, exclamó con frialdad:

—El desgraciado que cometió la imprudencia de calumniarla, murió esta mañana; su última palabra, al espirar, fué su nombre de V.; había ya confesado ante cinco caballeros, ante cinco

hombres de honor, que V. fué á la calle de los Angeles engañada por él. La duquesita de San Ginés, será, en adelante, más querida y respetada que nunca.

--¡Oh, Dios mío!—dijo Angela.—  
¡Gracias, Carlos, gracias!—Y estrechó de nuevo las manos del marqués; pero de nuevo, también, quedó muda, pálida, fría, fijos los agonizantes ojos en el rostro de aquel hombre, que retiró bruscamente las manos y exclamó con lentitud, acentuando cada una de sus palabras.

—Yo creo que son inútiles los excesos de sentimentalismo: ha llegado la hora, Angela. ¿Qué decides: tú, ó tu hija? ¿Tu cuerpo, ó tu alma?

La duquesita miró profundamente á Carlos, como si quisiera leer hasta en lo más recóndito de su pensamiento, pero nada pudo conseguir; estrellábase su mirada brillante, por la calentura,

en la frialdad de mármol de que estaba revestido el marqués.

Se pasó Angela las manos por la frente, como queriendo arrancar de allí una idea desesperada; guardó silencio durante algunos intervalos, y prorrumpió con extravío:

—Y bien, acabe V. ¿Qué quiere?

—Lo que quiero, Angela, lo sabe V.; no es preciso que lo repita; sea V. mía, y tendrá á Elena.

Se levantó Angela: dió un paso hacia el marqués, destellando en sus ojos secos, relámpagos de cólera.

—Oyeme, — exclamó con acento vibrante, que más parecía silbido;— te amo; soy tan despreciable que lo conozco y lo confieso. ¿Estabas quejoso de mi desvío? Pues bien: te adoro, te idolatro; sin tí no vivo, sin tí me vuelvo loca: eres mi muerte y mi vida; quisiera odiarte y creo que á veces arde en mi cerebro un volcán, que

---

estallaría para destruirte, pero el corazón ordena, el corazón manda y el pensamiento sucumbe desesperado; de tan diferentes modos y con extremos tales influyen en mí tus extraños actos, que unos me embriagan de gozo, cuando otros se preparan para apear el golpe terrible que me deshaga en lágrimas; ya lo sabes: tu eres mi amor, mi ansiedad, mi locura; de tu cariño será mi vida, desde el alma, que sueña desventuras celestes hasta el último músculo de mi cuerpo; pero te juro... ¡qué jurar! has de verlo, será la prueba más grande, y no creas que ya me he vuelto loca! Todo tu cariño, todas tus amenazas, la muerte de mi hija, su martirio, mi deshonra y las grandezas todas unidas del cielo y de la tierra, no fueran bastante para hacerme sucumbir en tus brazos; y hasta de sospechar yo misma que pudiera haber pasado semejante idea por mi ce-

rebros, á la sospecha, á la sospecha nada más, ¿lo entiendes? siento que la sangre toda se me agolpa encendida al corazón y á los ojos, y de vergüenza y de rabia, creo yo que aquí, con estas débiles manos blancas que tú adoras, me haría yo misma pedazos.

—Piénsalo, Angela.

—¿Que lo piense? Pero ¿dónde está el alma tuya que yo tantas veces he admirado? Pero ¿es posible que en tan poco tiempo pueda un alma descender tan hondo? No. Tan hondo nó; tan bajo. Mira, Carlos: vete y déjame con mi desesperación, por que no puedo odiarte.

—Morirá tu hija.

—¡Que mueral Seré dichosa con eso: y más le valdrá morir violentamente por un asesino, que no de vergüenza cuando supiese lo que yo tuve que hacer por salvarla.

—No pecas, puesto que no es por mi amor por lo que cedes, que es por

el de tu hija; al contrario: tu martirio por ella te salvaría de la mancha por que fué engendrada.

—Si pecado fué, que no lo comprendo todavía, no fuera mi purificación el martirio y la vergüenza de ceder á ti ahora, sino que sobre aquél, cometiera otro.

—¿Y si arrancara á ella lo que á ti no puedo arrancarte? ¿Y si después de deshonrada, tu hija se viese en el abandono? ¿Y si un día no lejano te la mostrara como compañera y hermana del placer, de aquellas de la calle de los Angeles?...

Angela dió un grito, llegó hasta Carlos, y delirante, loca, le cogió por los brazos con sus manos crispadas, interrogándole como en un rugido:

—¿Tú? ¿Serías capaz de hacer eso?

—Sí, yo.

—Pero mírame; es á mí, á tu Angela; á quien tanto querías. Contéstame de nuevo. ¿Lo harás?

Carlos estaba confuso. Pero Angela ya no observaba.

—Lo haré,—respondió con acento tembloroso.

De nuevo sintió la duquesita aquel extraño fuego que le abrasaba las entrañas y el corazón, subiéndole al rostro en manchas rojas, y á los ojos en deslumbrantes relámpagos. Respiró con ansia, miró con más extravío al hombre. Los relámpagos de sus ojos, se convirtieron en lágrimas; se arrojó sobre Carlos anhelante, dulce, con la súplica en los labios, la tristeza en el alma:

—No, Carlos; no me condenes así. Tu eres bueno. Este cariño mío que por ti siento, surgió y creció por las bondades del alma que yo en ti adiviné; déjame: piensa que el mismo cariño que me inspiras, me impulsa á rechazarte. Es vergonzoso, Carlos. Es inícuo; y vosotros dos, mi hija y tú, sois la

vida de mi alma. No manches esa alegría; no la mancilles; no seas infame ni hagas á la pobre niña el instrumento de esa infamia. ¡Si yo nada te exijo! ¡Si yo nada te pido! Mira, que no sepa nunca quién es su madre. Yo sufriré el tormento de estar á su lado y no revelárselo; yo seré á sus ojos una extraña, una desconocida; óyeme Carlos: si tú quieres, también lo haré; que ella sea dichosa; yo me iré de Madrid: me separaré de vosotros; me iré lejos, muy lejos, retirada: donde nadie sepa de mí, ni tú tampoco. ¡A un asilo! ¡A un convento! Todo, ¿lo entiendes? todo.

—Nunca, no cedo: tú lo has querido. La deshonra de tu hija; su escarnio y su muerte después.

—Pues bien,—exclamó Angela;—mi hija primero. No quiero su deshonra, no quiero su muerte, reniego de todo lo que antes dije; reniego de todo por ella. ¿Qué quieres de mí? Tómallo todo,

mi belleza maldita y ajada ya con el insomnio, por las inquietudes de tus amenazas maldecidas. Mi cuerpo de escultura; ya lo tienes, ¿así, lo ves?—Y Angela, al decir esto, desabrochó febril la crujiente bata de seda. Anudó más, por desatarlos, los cordones del corsé, y despedazaba los perfumados encajes de la finísima camisa de batista.

—Sí,—prosiguió la infeliz—desesperada y loca.—Todo lo has conseguido: seré tuya. ¿Qué importa que á tus suspiros de placer, respondan mis maldiciones, el desdén de mis labios y la muerte de mi alma?

Contempló Carlos, estremecido, aquel desbordamiento de locura. No pudo ya contenerse: se arrepintió de haber ido tan lejos; cogió la mano de la pobre mujer y exclamó arrebatadamente:

—No; basta ya, Angela de mi alma: la prueba en que te he puesto, ha sido terrible y fui egoísta; perdóname: seré

tu esposo; yo te idolatro como tú á mí: ¿me oyes? ¿Me oyes?

Angela le miró con espanto; no acertó á explicarse la inesperada salida del marqués. Quedó atónita: tenía la frente sudorosa, el rostro y la garganta encendidos, la respiración anhelante y ensangrentados los ojos.

—¡Qué!—exclamó dificultosamente y con la voz enronquecida.

—Que seré tu esposo, Angela de mi alma; que Elena será mi hija.

—¿Mi hija? ¿La veré? ¿La veré pronto?—Y la voz de Angela era más ronca y más apagada.

—Ahora mismo ¿voy? ¿Lo quieres?

—Sí, al instante: tráela: le daré un abrazo. Seremos los tres... felices... ¿Es verdad?... Muy felices...

Carlos fué á salir precipitadamente.

—No, ven... ven,—prosiguió ella en voz ronca;—ven.

Carlos se aproximó, y le echó Ange-



la trabajosamente, los brazos al cuello.

—Yo te quiero mucho, Carlos mío... tuya es mi alma... y mi vida...!

El marqués la estrechó llorando.

—Yo te amé siempre... ¿lo sabes? siempre... Bésame: el primer beso... el último.—Carlos la besó aterrado. Ella sonrió trabajosamente, y quedó muerta.

*No Matar*, dice el mandamiento. Angela no murió: la mató Carlos con su conducta. Yo no sé si se tomarán en cuenta allá arriba estos crímenes—¿Sabéis lo que hizo Carlos, por su parte, algunos meses después? Se casó con otra, sin acordarse poco ni mucho de la desgraciada hembra.

—¡Ah, mujeres!—Haceos infelices y morid por los hombres. Ellos os pagarán, como pagó Carlos á la pobre duquesita del gabinete azul.

FIN

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

LA CONDESITA (novela española) <i>agotada</i> . . .	2 ptas.
EL SEPULTURERO DE ALDOBA ( <i>idem</i> ) <i>idem</i> . . .	3 —
LA GENERALA ( <i>idem</i> ) 2. <sup>a</sup> edición. . . . .	3 —
LA QUINTAÑONES ( <i>idem</i> ). . . . .	4 —
EL PADRE ETERNO ( <i>idem</i> ). . . . .	4 —
SEÑORES DE SALDÍVAR 2 tomos. . . . .	6 —

## EL DECALOGO

Volúmenes publicados:

I. AMAR A DIOS... (novela española). . .	1,50 ptas.
II. NO JURAR... (id. ' id.). . . . .	1,50 —
III. SANTIFICAR LAS FIESTAS (id.). . . . .	1,50 —
IV. HONRAR PADRE Y MADRE (id.). . . . .	1,50 —
V. NO MATAR (id.). . . . .	1,50 —

Próximo á publicarse

## NO FORNICAR

En publicación

LOS GRANDES CRIMINALES. Edición de lujo, 4.º mayor, con más de 400 fotograbados. Publicase por cuadernos semanales.—Editor: D. Ramón Molinas, Barcelona.

En prensa

LA VIRGEN. (Historia de una muchacha de nuestro siglo.) Edición de lujo, con magníficas y numerosas ilustraciones. Se publicará por cuadernos semanales.—Editor: D. Ramón L. Falcón, Madrid.

CÓMICA Y MÁRTIR. Un tomo magníficamente editado con preciosas ilustraciones de un célebre dibujante.—Editor: López, Barcelona.

**ISABEL HOFFMANN**